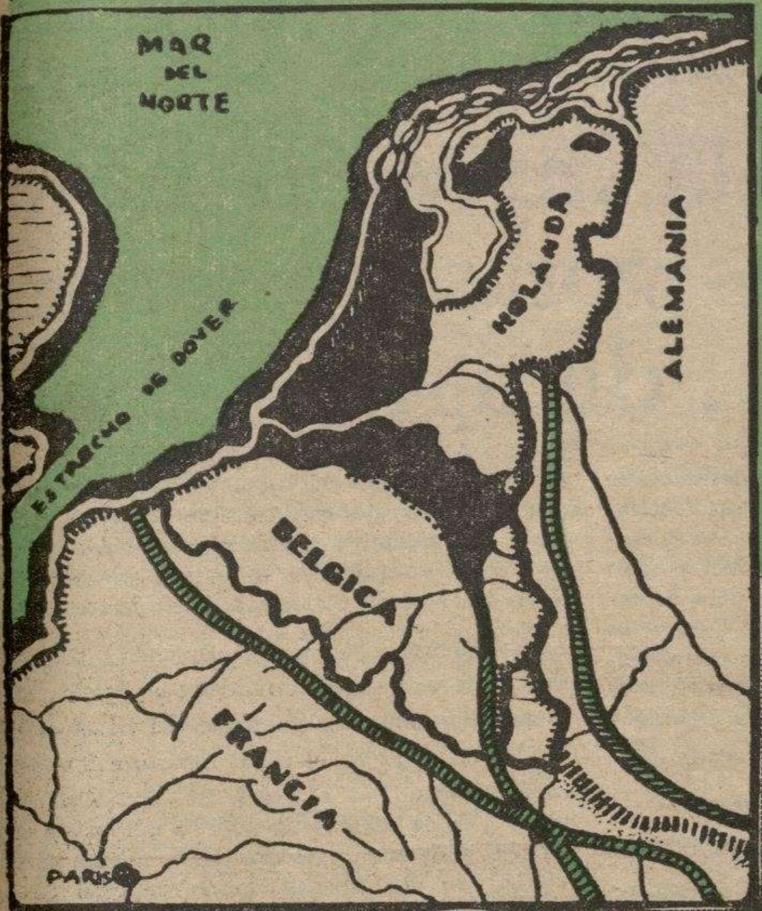


LA HABANA, 28 de Abril de 1940.



Sección dominical
Literatura Amenidades
Reportajes Colaboraciones
exclusivas de Europa y
America.

Casamatas de cemento y acero en la línea defensiva holandesa (izquierda y derecha). Abajo, izquierda: mapa de la «línea del agua». Extremo derecha: dos soldados holandeses, apostados en las obras de defensa, junto al mar.

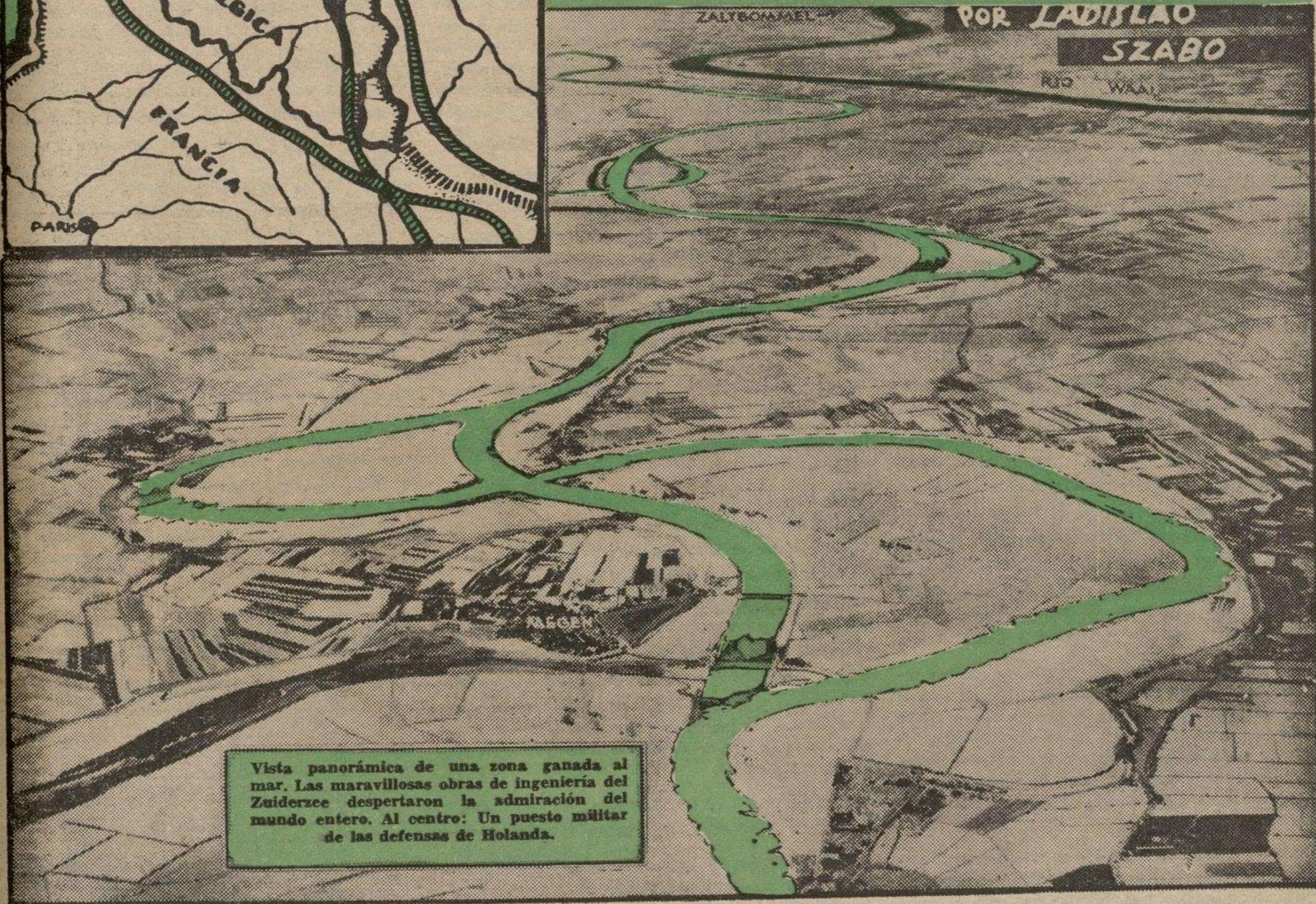


La MUERTE RONDA los CAMPOS de TULIPANES

ZALYCHAKEL

POR LADISLAV

SZABO



Vista panorámica de una zona ganada al mar. Las maravillosas obras de ingeniería del Zuiderzee despertaron la admiración del mundo entero. Al centro: Un puesto militar de las defensas de Holanda.

SIENDO un país neutral, la pequeña Holanda ha perdido más vidas humanas en los cien días de esta paradójica guerra que Francia y Alemania juntas entre las líneas Sigfrido y Maginot. Los submarinos y las minas magnéticas hundieron a sus barcos si tratan de seguir comerciando con Gran Bretaña, mientras el bloqueo de los aliados le prohíbe el transporte de las mercaderías alemanas. Aceptar la escolta de la flota inglesa para sus barcos puede acarrearle serios disgustos con el Reich, su poderoso vecino oriental, cuyas tropas siempre se encuentran listas para invadir a Holanda, so pretexto de protegerla contra un supuesto peligro anglofrancés.

Más que Dinamarca y Suiza, Holanda es una de las verdaderas víctimas del conflicto europeo. Su tráfico marítimo está paralizado y sus habitantes trabajan día y noche, con una actividad febril, en la defensa nacional. El peligro de la invasión está latente. Holanda, el país de los diques, canales y molinos de viento, teme ser convertido en un campo de batalla de los germanos y los aliados, en un segundo Iprés, infierno de lodo y de sangre humana. Sí; Holanda se prepara para cualquier eventualidad. Sabe que la muerte está al acecho en sus campos de tulipán. Y la vigila atentamente.

CARECE DE UNA ESCUADRA FUERTE

Las fuerzas navales de Holanda no son suficientemente fuertes para proteger su comercio marítimo y para defender sus colonias. Las Indias holandesas proveen de petróleo, caucho y minerales a la metrópoli, cuya compradora principal es la cercana Gran Bretaña. Son las fuerzas navales británicas destacadas en Hong-Kong y Singapur las que se encargan también de la vigilancia de las colonias holandesas en el Oriente. No resulta difícil comprender, pues, la situación extremadamente delicada en que se encuentra Holanda. Mientras el Reich la presiona con la guerra submarina y también la amenaza de una invasión, el bloqueo aliado paraliza su comercio marítimo y, además, corre el peligro de perder la protección naval británica a sus posesiones coloniales.

La marina de guerra metropolitana es muy débil y sólo podría proporcionar una escasa defensa para las costas del país. Posee un destructor, 15 submarinos, 12 posaminas, 14 contratorpederos, 8 cañoneras, 8 rastreadores y algunos guardacostas pequeños. Se sabe, además, que hay varios submarinos en construcción en los astilleros holandeses, pero ellos no aumentarán mucho el poder defensivo de las fuerzas navales del país.

LAS FUERZAS MILITARES DE HOLANDA

En caso de una invasión, Holanda podría poner en pie de guerra más de medio millón de soldados, de los cuales, trescientos mil se hallan bajo banderas en la actualidad, en estado de prevención. Aunque el servicio militar es obligatorio en el país, en tiempos de paz sólo se enrolan y se adiestran veinte mil conscriptos anualmente. En una época normal, el ejército de los Países Bajos sólo consta de cuatro divisiones de infantería, una pequeña división motorizada, cuatro regimientos de artillería pesada, ocho regimientos de artillería de campaña, un regimiento de ciclistas, uno de comunicaciones y otro de zapadores y pontoneros.

Es necesario destacar que el número de las reservas adiestradas es bastante elevado, ya que el tiempo del servicio militar es relativamente corto y que son muy frecuentes, en cambio, las maniobras de defensa, que suelen durar cuarenta días, generalmente. El ejército holandés es disciplinado y su alta moral aumentaría al máximo su potencialidad combativa.

Aunque el ejército holandés es relativamente pequeño y no alcanza ni a la mitad de los efectivos militares de Bélgica, por ejemplo, sus fuerzas aéreas no son nada despreciables. Holanda posee actual-

**LA MUERTE RONDA
LOS CAMPOS DE
Tulipanes**

Wladislaw Szabo



Holanda confía en su «defensa líquida» para detener la invasión. Abriendo las represas de sus abundantes ríos y canales, inundaría una vasta zona del país y también la región nordeste de Bélgica

HOLANDA
resistirá a la invasión hasta sus últimas gotas de sangre y... de agua

mente 500 aviones de primera línea y de excelente calidad, procedentes todos de las famosas fábricas «Fokker», cuya producción aumentaría considerablemente en caso de una guerra. Sus pilotos están bien adiestrados, como lo demuestran algunos casos registrados últimamente. Los pilotos holandeses derribaron a varios aviones de los países beligerantes que no respetaron la neutralidad del país y trataron de acortar el camino entre Alemania y Gran Bretaña volando sobre territorio neerlandés...

LA «DEFENSA LIQUIDA» DE HOLANDA

Holanda no dispone de una escuadra notable ni de un ejército fuerte, pero posee recursos extraordinarios, que le colocan en una situación excepcional y privilegiada contra cualquier invasión. El agua es la aliada más fiel de Holanda. Los neerlandeses pueden inundar las zonas más importantes del país en pocas horas, deteniendo con ello el avance del invasor. Según los despachos telegráficos, tales medidas fueron ensayadas con pleno éxito en repetidas oportunidades en el transcurso de las últimas semanas.

Sí; Holanda carece de líneas fortificadas, pero confía en su «defensa líquida». Basta echar un vistazo sobre el mapa de los Países Bajos para comprender la importancia del agua en la defensa de Holanda. Muchos ríos y sistemas de canales cruzan el territorio holandés, situado muy debajo del nivel del mar. Los ríos Rhin, Maas, Waal, Lek e Ysel y los abundantes canales se abren mediante esclusas y cubren con sus aguas las zonas de inundación, sin mencionar al «Zuiderzee», cuya rotura convertiría a la región de Amsterdam en una «zona fortificada».

HASTA LAS ULTIMAS GOTAS DE SANGRE Y... DE AGUA

Nada valdrían las unidades motorizadas del enemigo en la zona inundada. La mayoría de los caminos estarían bajo el agua y los pocos «pasos» entre las regiones inundadas, podrían ser defendidos con

fuerzas militares relativamente débiles, equipadas con armas automáticas. Cada uno de estos «pasos» posee un sistema de fortificaciones, una especie de «blocaos» construidos de hormigón y acero y dotados de artillería y ametralladoras pesadas.

La «defensa líquida» de Holanda protegería también a toda la región nordeste de Bélgica, desde Lieja hasta Amberes. Las aguas del río Maas pueden ser vertidas en el canal Alberto e inundar la zona, abriendo las represas. He aquí uno de los motivos de la solidaridad política que existe entre Bélgica y Holanda y lo que positivamente se convertiría en una alianza militar en caso de una invasión. Bélgica acudiría inmediatamente en ayuda de Holanda si esta fuera agredida. Aparte del interés común, es la «defensa líquida», el agua, lo que une a los dos pequeños países ante el peligro.

Holanda, pequeño país de los zuecos y de los molinos de viento, cuyos paisajes parecen estampas de un álbum infantil, vive en plena crisis ahora. Teme la invasión y se prepara para rechazar al agresor. Trata de ahuyentar a la muerte de sus campos de tulipán. Y confía en su aliada más fiel: el agua. El pueblo holandés está resuelto a luchar hasta su última gota de sangre. Y hasta su última gota de agua...

No Más Asma En 2 Años

Hace 2 años el Sr. J. Richards de Hamilton, Canadá estaba en cama sufriendo ataques de Asma. Había perdido 40 libras de peso, había estado sufriendo todas las noches de tos, ahogos y espasmos que no le dejaban dormir. Ya temía morir pronto. Pero Mendaco acabó con sus ataques desde la primera noche y no ha vuelto a sufrir de ellos. Desde hace más de dos años Mendaco ha tenido tanto éxito que se ofrece con garantía de devolverle la libre respiración en 24 horas y acabar con su Asma completamente en 8 días o su dinero le será devuelto al retornar Usted el paquete vacío.

Mendaco Acaba con la Asma * Bronquitis * Fiebre de Heno

Rubén Darío

LE TEMIA A LA MUERTE, COMO A UNA PALIDA ENEMIGA

NACIO Darío cuando la Humanidad hacía sus primeras tentativas para encauzar el verbo poético de la Belleza en compás de dinamismo vital, dejando a la vera del camino la sumisión extática de las ideas ante el ídolo de una escuela. Los principios revolucionarios del modernismo dando movimiento a la movilidad contra el estatismo, trajeron al poeta caudillo una viacrucis enconada. Junto con iniciar sus publicaciones rebeldes a la costumbre establecida por los consagrados del verso, cavó sobre él la diatriba, el escarnio, la malvada sátira que en banderillas se clavaban a diario por la pluma, en el nombre que lentamente engrandecíase, a pesar de todas las trincheras de ataque con que la vieja generación defendía sus derechos.

Al advenir «Prosas Profanas» irrumpe en el poeta la decadencia, el simbolismo, la neomística luciferiana, instrumentista y wagneriana de los locos de Francia que se hicieron colaboradores y combatientes de la novedad de la rima y del triunfo de color. Este período hizo del innovador un iniciado de la sensación alcohólica. Por su garganta se deslizaba el veneno como por un cauce. Y a este respecto su amigo íntimo, el gran poeta y prosista eximio, Santiago Argüello, guatemalteco, relata en su obra «Modernismo y Modernistas», una serie de anécdotas relacionadas con la timidez infantil de Rubén. Su fama tremenda de sátiro impenitente se convierte con esos datos íntimos en una fluidez maravillosa de imaginación; las princesas y marquesas, las Eulalias y Rosalindas, la Margarita Gauthier, simuladamente «una amada del poeta», no son en última instancia, sino las dulces figuras de su sueño que jamás hubiera llegado a contemplar con ojos de pecado aquel niño-poeta que así nació y así murió... Era una en un solo hombre: el hombre tatuado en la sencillez de su infancia; católico profundo, no tanto por comprensión, como por el temor horrible de la muerte... por aquella hipótesis de lo que podría traerle la pálida, a la cual dedicó tanto poema trágico, paladeando trémulo, el fruto del Miedo.

De su sinceridad fraternal en la amistad, hay anécdotas curiosas. En una ocasión, paseaba con dos de sus amigos planeando un viaje a Mallorca. Todo se había programado, cuando de pronto Darío, volviéndose a su amigo Pompeyo Gener, uno de sus compañeros, le dice de la manera más formal del mundo:

—Oye, Peyus, si giro a cargo tuyo por alguna suma que me falte, cubres el giro sin reparo.

Y el autor de «Amigos y Maestros»—otro ingenuo de alma de cristal—le responde con naturalidad:

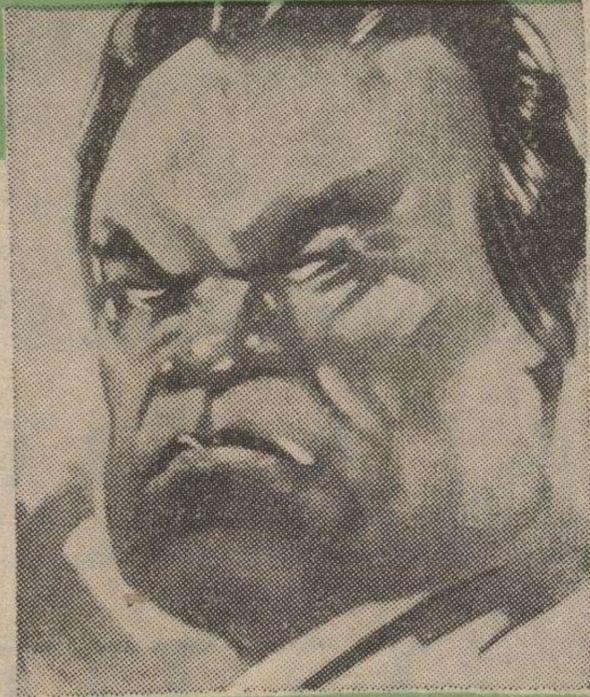
—Si el giro no pasa de dos o tres pesetas... con todo gusto... sabes...

Pero el fastuoso Pompeyo de los dichosos días de París, vivía en esos días en una buhardilla, ocultando la imprudencia de su miseria...

Era Darío un amigo confiado. Jamás dudaba de la sinceridad de aquellos que cultivaban su trato. Sentía sin expresarlo, un régimen socialista hasta la exageración, dentro de sus gustos aristocráticos. Una vez, cierto tren en que viajaba, por inconvenientes aduaneros, lo dejó en otro sitio que no era el de su destino. Registró su cartera y como le sucedía a menudo estaba vacía. Sin desconcertarse, gastó sus últimos centavos en dirigir una serie de telegramas a sus amigos de Europa: «S.

O. S.» Bien sabía que no permanecería allí mucho tiempo. Era demasiado estimado por sus amistades, que, no paraban mientes en el vicio que deformaba su rostro y embotaba durante largos días el estro luminoso de su musa adorable.

La vida entera de este poeta exquisito, fué una



Rubén Darío, por Alonso.

dualidad de sentimientos encarnados en un solo cuerpo. Sentía en sí mismo la conminación de la euritmia, como un argumento definitivo en sus rumbos literarios. Comprendía que la libertad debía ser el instrumento maravilloso de su obra y, para liberarse del yugo castellano, cogió el francés; del Parnaso tomó la armonía, y se entró en el símbolo, para librarse del romanticismo de las lágrimas. Era un demoledor de fronteras, cuando vestía el ropaje del trovador exquisito. Pero el hombre permanecía niño tímido, nervioso y evasivo ante las vicisitudes vulgares.

Acostumbraba declarar en posición soberbia:

—No gusto de moldes nuevos ni viejos. Mi verso ha nacido con su cuerpo y con su alma y no le he aplicado ninguna clase de ortopedia. He, sí, cantado aires antiguos y he querido ir hacia el porvenir siempre bajo el divino imperio de la música: música de las ideas, música del verbo.

Cuenta Argüello que cierto día leía a Darío unos versos. Eran sus propios versos; y de pronto el gran Rubén abre los ojos desmesuradamente, con el gesto de niño asombrado que le era habitual en tales casos y le dice apretándole la mano:

—¡ESO!... La poesía es ESO... lo que tú has puesto allí: ¡ESO!

Y Argüello comenta: «era la Magla milagrosa que eterniza el concepto, que mete los puntos suspensivos dentro de la palabra, que pone sobre el desierto de la expresión verbal la garra de la Esfinge Eterna...»

Rubén Darío vivió su vida en los dos compases de su idiosincrasia. Como poeta, un redentor; como hombre, un tímido. Llevaba sobre su frente enardecida de inspiración, la carga deliciosa de la sublime belleza, en que—férreo herrero del pensamiento—arrebataba al Universo el ecumenismo de su forma. Y en su corazón de hombre, el maldonado vicio que lo incendiaba en dolor, en cobardía conmovedora, en desconcertante sucesión de aspiraciones y desengaños. Pero no era un fauno de esos fantásticos que elaboran su fantasía. Sus amores fueron los amores de un hombre que nunca supo de pasiones volcánicas, de esforzados cortejos, de tragedias clandestinas contra el honor de un tercero, de responsabilidades por la debilidad de alguna doncella. Amó, porque la vida lo manda. Y su amor se plantó en el verso como el más alto pendón de su sensibilidad imaginativa.

Confesó y comulgó antes de perder el conocimiento. Lo hizo con deliberación consciente... pero le declaró a un amigo de su infancia, con voz acongojada, que aquello no le bastaba. El terror a la Pálida se extendía sobre sus ojos turbios como una amenaza de eternidad.

Encerrado a piedra y lodo, dentro de su habitación, inmediatamente de salir el sacerdote que lo había asistido, estaba presente el notario y aquellos testigos que por su intimidad le garantizaban el secreto de lo que iba a ocurrir. Se trataba de su testamento: un legado importante para su hijo que nació en España. Esto se realizaba a espaldas de su consorte, a quien temía en forma inverosímil. Pero de improviso el agonizante observa que está dentro de la habitación un sirviente de la casa... Se estremece, se sienta en el lecho, des-pavorido... Entonces alguien le dice al pobre muchacho, asustado de la tragedia que asoma en la cara de Darío:

—Jure usted a don Rubén que no dirá nada de lo que ha visto



El poeta vistiendo la casaca diplomática.

Y como no jurara al instante, el poeta, con las pupilas inyectadas de cólera, le gritó con la mano extendida, haciendo con los dedos la señal de la cruz:

—Jure, j...!

Y todavía no se había deshecho en su boca la comunión...

CARMEN DURERO

Reavive Sus RIÑONES

Y se Sentirá y Verá Más Joven
Nada envejece tanto a las mujeres y a los hombres como el pobre funcionamiento de los Riñones. Lo hace sufrir a uno de Frecuentes Levantadas o Micciones Nocturnas, Ardor y Comezón en los Conductos, Nerviosidad, Desvanecimientos, Reumatismo, Dolor de Espaldas, Dolores en las Piernas, Ojeras Muy Pronunciadas, Hinchazón de los Tobillos, Pérdida del Apetito, de la Energía, etc. La razón está en que los Riñones que deben filtrar fuera de la sangre ácidos y venenos no realizan esta función y les permiten acumularse en sus articulaciones y músculos. En 24 horas Cystex mata los gérmenes en los Riñones, los fortalece y expelle los ácidos y venenos. Pida Cystex en cualquier farmacia bajo nuestra garantía de que lo restablecerá o le devolveremos su dinero. Hágalo hoy mismo. En 24 horas se sentirá mejor y en una semana estará completamente restablecido. Nuestra garantía lo protege.

.. Cystex
Para Reumatismo, Riñones, Vejiga



Vista del puerto y la ciudad de Bergen, una de las poblaciones noruegas ocupadas por los alemanes el 9 de abril.

NARVIK y el HIERRO

EN la madrugada del lunes 8 de abril tres fuerzas navales aliadas, actuando simultáneamente frente a las costas noruegas de Bud, West Fjord y la península de Standtlandet, minaron las aguas territoriales de la nación escandinava cuyos destinos rige el rey Haakon, con el propósito de impedir el tráfico alemán a través de la zona neutral de tres millas establecidas por las leyes internacionales.

El hecho de esta violación de la neutralidad noruega encontró a las autoridades alemanas, al decir de los corresponsales extranjeros de Berlín «fríos como la nieve». Pero esa frialdad se tradujo, exactamente 24 horas después, en el ataque simultáneo de las fuerzas navales alemanas a los puertos noruegos de Oslo, Kragero, Kristiansand, Stavanger, Bergen, Kristiansund, Namsøe y Narvik, todos los cuales fueron ocupados por las fuerzas de desembarco que los germanos habían transportado hasta ellos. Narvik, la última de las mencionadas poblaciones, situada en el Atlántico 200 millas sobre el Círculo Ártico, se encuentra a tan gran distancia de las bases alemanas—más de mil millas—que para llegar hasta ellas los destructores y transportes que constituían la expedición debieron navegar, no horas, sino días.

Quiere ello decir que si las autoridades alemanas esperaban a que los aliados violaran la neutralidad noruega—que les había de dar el pretexto para su ataque a la soberanía de Noruega y Dinamarca la última también sacrificada a las necesidades estratégicas del alto mando alemán—para realizar su golpe de audacia, conocían por anticipado los proyectos de sus adversarios. En cambio hasta el Servicio de Inteligencia anglo-francés parece que no habían trascendido las intenciones de Hitler, ya que sólo así se comprende que una fuerza naval débil, integrada solamente por unos destructores, pudieran convoyar hasta Narvik y otros de los puertos noruegos mencionados, las fuerzas militares que se apoderaron de ellos el 9 de abril.

Narvik, sobre todo, era un objetivo de importancia tan enorme para los aliados, que la poderosa escuadra inglesa no se lo hubiera dejado arrebatarse si el gobierno de Londres hubiera tenido la más mínima sospecha de las intenciones nazistas. Situado a corta distancia de las minas de hierro de Kiruna y Gällivare, con las que lo une una magnífica vía de ferrocarril, enormes cantidades del mineral que consumen las industrias de guerra inglesas era enviado a la Gran Bretaña desde Narvik.

A las 4.50 de la mañana del 9 de abril los destructores alemanes, protegidos por una fuerte neblina que los hizo invisibles hasta que se encontraban muy cerca de la tierra, abrieron fuego sobre dos cruceros guardacostas noruegos que se encon-



El rey Haakon de Noruega que al ser su país invadido por las fuerzas nazis, abandonó la capital de Oslo con su gobierno, refugiándose en una población del interior del país.

Cómo describe un corresponsal de "The New York Times", el golpe audaz de los destructores germanos que en solo unos minutos hundieron a dos cruceros noruegos y dominaron a las tripulaciones de los mercantes armados británicos que se encontraban en puerto. "¿Qué le ha pasado a la escuadra inglesa?", se preguntaban los habitantes de Narvik sorprendidos y atónitos.



Recientemente fué tomada esta fotografía de los reyes Gustavo de Suecia y Cristián de Dinamarca. El segundo se ha visto obligado a aceptar «la protección» alemana, mientras que Gustavo se halla en peligro de que su patria sea también invadida por las legiones teutonas.

traban en el puerto. Tanto los mencionados buques como los cuatro mercantes armados ingleses que también se hallaban en el litoral, respondieron a la agresión, pero antes de que el combate

hubiera alcanzado mayores proporciones sendos torpedos alcanzaron a los cruceros hundiéndolos inmediatamente con una gran pérdida de vidas. Las tropas alemanas, que desembarcaron con toda



Esta es una vista parcial de la ciudad de Copenhagen, capital de Dinamarca, ocupada por las legiones germanas en la mañana del 9 de abril. Mientras que los noruegos se batieron con denuedo con los alemanes, los daneses no hicieron resistencia a las legiones de Hitler.

rapidez, se encontraron en el centro de la población a las 5 y 5 y a las 5 y 30 habían completado la ocupación del puerto.

Los habitantes de Narvik no podían comprender cómo los destructores alemanes habían logrado penetrar hasta allí a través del bloqueo británico. Cuando los vieron aparecer creyeron que se trataba de navíos ingleses y sólo se dieron cuenta de la verdad cuando los buques de guerra nazistas comenzaron a disparar con sus cañones de 4.7 pulgadas.

Los confiados noruegos, a quienes las explosiones de las granadas habían hecho saltar precipitadamente de sus camas, según el corresponsal de «The New York Times», Mr. Harold Callender, se preguntaban asombrados: «¿Dónde está la flota británica que todos creíamos tan fuerte? Y en sus palabras habían desesperación y pesimismo».

Las tripulaciones de dos de los mercantes ingleses que estaban cargando mineral de hierro, pretendieron continuar la batalla, pero pronto fueron dominadas por las fuerzas alemanas muy superiores en número y armamentos.

«Tras de la breve batalla—describe el mencionado corresponsal—los destructores alemanes atracaron a los muelles, y las fuerzas de infantería nazistas desembarcaron de ellos. Eran soldados ale-

Esta foto de Johan Nygaardsvold (a la izquierda) primer ministro de Noruega; Per Albin Hansson, premier de Suecia, y Thorvald Stauning, presidente del Consejo danés, les fué tomada con motivo de una reunión reciente en la que discutieron el peligro común que confrontaban sus países.



manes uniformados en color verde grisáceo, de un tono muy parecido al de los uniformes de los soldados noruegos. Provistos de sus armas automáticas y de cascos de acero, en perfecta formación marcharon por las calles de Narvik dispuestos a hacerle frente y dominar cualquier forma de resis-

tencia. Pero los habitantes de la población los acogieron pasivamente y en silencio.

«Por la primera vez en muchos meses—termina Callender—los muelles donde se deposita el mineral de hierro, causa de esta guerra en Noruega, se habían quedado silenciosos...»

CARTA XVII (1)

L. Sr. Conde de Tracy.



No existe pueblo en la Habana; no hay más que amos y esclavos. Los primeros se dividen en dos clases; la nobleza propietaria y la burguesía comercial. Esta se compone en gran parte de catalanes que llegados a la Isla, sin patrimonio, concluyen por acaparar una gran parte de las fortunas territoriales; empiezan por prosperar a fuerza de industria y de economía, y concluyen por llevarse los más bellos patrimonios hereditarios por medio del crecido interés que perciben por su dinero.

Por muy considerables que sean las fincas, los gastos inmensos que ocasiona la elaboración del azúcar, que se eleva en una dotación de trescientos negros a cerca de 200.000.00 francos por año (\$4.000.00), necesitan disponer de fondos previos que obligan al propietario a buscar préstamos reembolsables después de la recolección de cada año. El comerciante, quien puede capitalizar sus beneficios, le hace préstamos considerables, a intereses arbitrarios, y que a menudo llegan hasta el dos y medio por ciento mensual. Como su renta, establecida sobre semejantes bases, es más segura que la del deudor, cuyas cosechas sometidas a precios va-

(1) Carta suprimida en la traducción española.

LA HAVANE

Por la Condesa de Merlin

Traducción y notas de B. SOUZA

(Continuación)

riables, dependiendo de la inconstancia de la temperatura, sucede a menudo que este último se encuentra en la imposibilidad de cumplir sus compromisos en las épocas del reembolso. Los intereses exorbitantes doblan la deuda; el pago se vuelve difícil; más tarde imposible, y el prestamista se encuentra, en poco tiempo, poseedor de un valor igual al de la propiedad entera.

Estos graves abusos no existirían si se fijara un interés legal. Aunque el diez o el doce por ciento anual sea la media adoptada en el lugar, no es de ningún modo obligatoria, el Gobierno cierra los ojos sobre esta explotación... No sé si esta tolerancia encontrará indulgencia ante los economis-

tas y si ellos la adoptarían como una de las libertades sociales; pero yo no puedo creer que puedan hacer el bien de una fuente tan inmoral, y las consecuencias de esta facilidad culpable demuestran su peligro, alentado por el éxito del abuso el usurero da rienda suelta a su avaricia, compromete o destruye las fortunas.

El interés legal y el castigo de la usura por una parte, por el otro, una Ley de Expropiación severa, pero protectora y redactada en el interés de la conservación de las fortunas, pondrían de acuerdo, a mi ver, los derechos de la equidad con aquellos de la moral y se alcanzaría el objeto deseado que es aumentar la prosperidad pública.

Yo sé, mi querido Conde cuáles son las miradas filosóficas y justas que os agrada lanzar sobre los anales y destinos de los pueblos, y estoy cierta de interesaros arrojando al azar algunos detalles sobre este país que tan poco se conoce en Europa y que merece, por más de un título, la atención de los hombres de estado y de los observadores.

Nosotros tenemos riquezas naturales más que riquezas adquiridas, frutos del trabajo y de la perseverancia. Hasta aquí, los medios han faltado a nuestros conciudadanos como los monumentos a su historia.

(CONTINUARA)

PENSAMIENTOS

Los sueños de amor de la juventud, a veces se convierten en pesadillas al llegar al matrimonio.

o o o

No hay nada tan malo que no resulte bueno para algo.

Cuando una mujer no logra convencer a un hombre, lo llama incorregible.

o o o

Tiene que ser muy inteligente el hombre que sepa aconsejar a una mujer sin incurrir en su furia.

Hay muchos hombres que se pasan el tiempo deseando que hoy fuera mañana.

o o o

No importa lo alto que esté un hombre; siempre hay en el mundo una mujer capaz de hacerlo sentirse pequeño.

EL ORGANO, PONTIFICE DE LOS INSTRUMENTOS

Clasificando los instrumentos individuales, el Organo es pontífice; el Piano, Rey; Reina de hierática belleza, el Arpa, y lejana Princesa enamorada, la Guitarra

Breve historia de algunos instrumentos musicales, escrita por el maestro JAIME PAHISSA



Complicada maraña de caños, que más se asemeja a una moderna batería antiáerea que al organismo vital de un instrumento musical. Se trata del gigantesco órgano instalado en el salón de recepciones del palacio Alejandra, en Londres, y el hombre que manipulea en el bosque de metal es el encargado de mantenerlo en perfectas condiciones de funcionamiento.



Extraños antepasados del piano. Bellas jóvenes japonesas tañendo instrumentos de cuerda, los cuales, evolucionando constantemente, abandonaron el sistema de pulsación de las cuerdas para decidirse por la percusión. Y los primeros pianos no fueron sino unas cítaras percutidas por un sistema de pequeños martillos.

HAY dos clases de instrumentos: los que pueden producir varias notas a la vez, o lo que es lo mismo, emitir sonidos simultáneos, por ejemplo: el piano, y los que sólo son capaces de producir un sonido en cada instante, o sea, aquellos que sólo dan notas sucesivas, por ejemplo: el clarinete o la trompeta.

A los primeros los llamaremos «polifónicos», y a los segundos «monofónicos».

Los instrumentos polifónicos son instrumentos completos porque se bastan a sí mismos para tocar una composición; por lo tanto son «instrumentos individuales». Mientras que los instrumentos monofónicos son «instrumentos de conjunto», porque, o necesitan ser acompañados para tocar una obra, si en ella ejecutan el papel principal o cantable, o bien han de formar parte de un conjunto en el que todos concurren, ejecutando su parte, al efecto sonoro completo de la composición.

Los principales instrumentos polifónicos son los que pertenecen al género de teclado o clave. Y el rey de todos ellos, y de todos los instrumentos en general, es el piano.

ANTEPASADOS DEL PIANO

Hay tres clases de instrumentos de cuerda, según las tres maneras como ésta se puede hacer vibrar. Los de arco, en que la vibración se pro-

duce frotando la cuerda con un arco: como el violín. Los de pulsación, en que la cuerda se hace vibrar pulsándola: como el arpa, o la guitarra. Y los de percusión, cuyo sonido se produce pegando, o percutiendo, que es lo mismo, la cuerda con un martillo o macita.

El piano es de éstos. Pero su origen se hallan en los de pulsación. En efecto: el piano proviene del clavicordio y del clavicímbalo; éste de la espineta, y ésta de la vihuela, laúd, o guitarra, o, mejor aun, de la cítara.

La espineta no es más que una cítara cuyas cuerdas, en lugar de ser pulsadas directamente por los dedos del músico, lo son por medio de un mecanismo al que se aplicó el sistema del teclado, usado ya en el órgano, el más viejo de los instrumentos de clave, para el cual fué imaginado este procedimiento de ejecución.

La espineta tenía el aspecto de un pequeño piano, sin patas en su principio, pero su sonido, mezquino y débil, hizo que se buscara el medio de mejorarlo y perfeccionarlo. Así se llegó a crear el clavicímbalo, que en su género fué un instrumento perfecto, y lo es más en los ejemplares modernos, contruidos a imitación de los antiguos utilizando todos los medios de la técnica actual, con sus dos teclados, con sus registros puestos en acción por los numerosos pedales, con su elegante forma

de piano de cola, pero más liviano y de líneas más finas, y con su decoración imitando el antiguo estilo del dieciocho.

Pero siempre la sonoridad del clavicímbalo, es poco robusta, seca, como de guitarras forzadas, y aunque de momento sorprenda y agrade, se hace, a la larga, monótona para el oído que se haya acostumbrado a la rica, potente y matizada resonancia del piano.

Para obtener un sonido más consistente, y con mayores posibilidades para la expresión, se pensó en abandonar el sistema de pulsaciones de las cuerdas para sustituirle por la percusión, y decidióse volver al camino iniciado por el clavicordio, en el cual las cuerdas se ponían en vibración al ser apretadas por un medio parecido al de los martillos.

Y si el clavicímbalo era, en el fondo, una cítara pulsada por un mecanismo, el naciente piano consistía en una cítara percutada por un sistema de pequeños martillos. O sea, un cimbalón,

el instrumento de los tziganos, en que las dos maticas, con que el concertista golpea las cuerdas, están sustituidas por el mecanismo de martillos que obedece al movimiento transmitido desde el teclado.

LAS VENTAJAS DEL PEDAL

El nuevo instrumento va evolucionando. Primero en el pequeño piano de mesa. Para él escriben el divino Mozart sus sonatas y el gran Beethoven sus primeras obras. Sobre él los vemos apoyados, en los cuadros que les toman por asunto como héroes de una mitología moderna, en limpios grabados al acero, o en suntuosas litografías de la época. Pero todavía no es el piano que conocemos. Aun las notas son poco sostenidas, y es necesario escribir adornos y notas repetidas, trinos y escalas para vencer, con la multiplicidad de notas, la falta de duración y de cuerpo de los sonidos, como se hacía con el clavicémbalo.

El piano no será nuestro piano hasta que no se le añadan los pedales. Por medio del pedal fuerte se pueden hacer durar las notas el tiempo que se quiera sin necesidad de tener el dedo apoyado en la tecla. Esto supera la limitación de las manos y hace resonar el piano en una extensión tan ancha como la del gran órgano y tan llena como la de la orquesta.

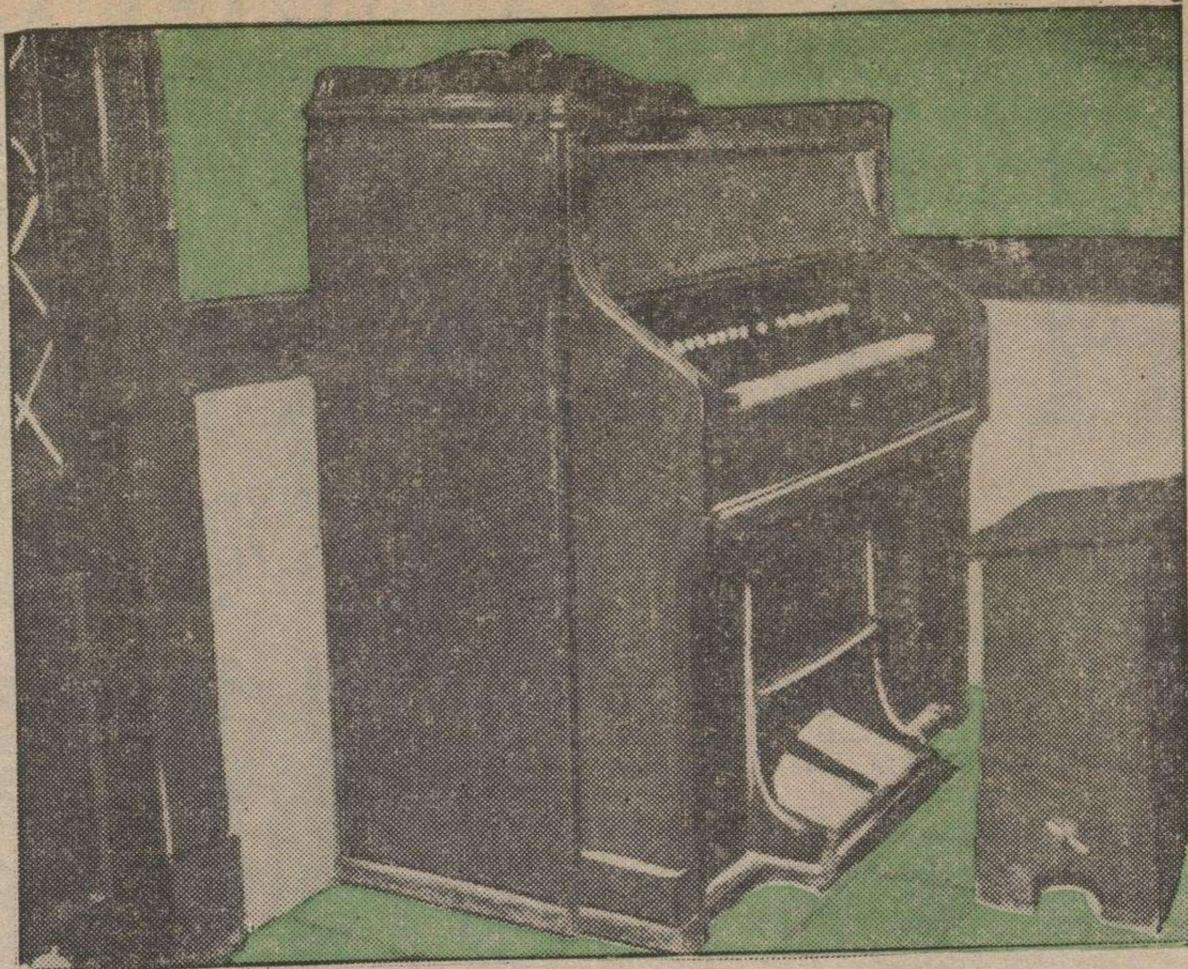
Las inesperadas posibilidades del nuevo instrumento, el piano-forte, o piano con pedales, y su espléndida sonoridad despiertan y guían la inspiración de toda una generación de geniales compositores por los campos insospechados de una música impregnada de expresión humana, desconocida hasta entonces. Mendelssohn, tan elegante y amable; Schumann, tan concentrado y profundo; Chopin, tan sentimental y fogoso, crearon la literatura romántica del piano, las páginas más adecuadas a las condiciones especiales de este instrumento, que, por otra parte, son también las condiciones más propias para el más completo desarrollo de la música.

Podríamos decir que en la sonoridad del piano moderno encontraron los compositores del siglo XIX el elemento que les había de llevar al mayor y definitivo progreso de la música. Aunque también podría suponerse que el progreso de la música y el perfeccionamiento del piano fueron fenómenos paralelos, que coincidían obedeciendo a una causa común: el haber llegado el momento propicio del máximo y total desarrollo de la música en todas sus manifestaciones. El piano en esta época quedó ya fijado en su estructura y formas definitivas; el democrático piano vertical; el de medio cola y el de cuarto de cola, éste, el más elegante de los muebles de un salón; antes pintados de negro y brillante barniz; hoy, en general, de un color tostado, más cálido, pero menos noble. Toda tentativa de modificación o perfeccionamiento ha fracasado: ni el teclado curvado en forma de abanico, ni el doble teclado, ni el de cuartos de tono, ni la variedad de pedales, son reformas que hayan logrado imponerse. Y es que, como hemos dicho, el piano clásico es un instrumento de tipo y caracteres definitivos.

INSTRUMENTO INDISPENSABLE PARA EL COMPOSITOR

El piano es el más importante de todos los instrumentos y es el que en la música tiene un valor más trascendental. En primer lugar, es el que posee una literatura más abundante y valiosa: una buena parte de las mejores obras que se han escrito en música lo han sido para este instrumento. Pero, además, el piano es el único instrumento que tiene la inapreciable condición de poder ejecutar, en una transcripción más o menos exacta, todas las obras musicales, aun las que no fueron originalmente compuestas para él.

Esto hace que el piano sea un elemento preciso e insustituible, tanto para el músico como para el aficionado, que pueden leer, sobre el marfil y el ébano de su teclado, todas las creaciones de la música, sean escritas para clave, como para orquesta o voces, o para instrumentos diversos. Y para el compositor es imprescindible, porque en el piano, no solamente verifica y comprueba sus concepciones, especialmente en el aspecto armónico,



Sencillo en apariencia, este teclado puede dar maravillosos juegos de sonidos, desde el dulce de los aflautados hasta el trepidante de la trompetería. Por eso lo hemos clasificado como el «pontífice de los instrumentos», y por contarse entre aquellos que no exigen otro acompañamiento.

sino que, oyéndolas sonar en él, su inspiración se exalta y fluyen con mayor facilidad nuevas ideas.

Otro instrumento de teclado hay que se vale a sí mismo: es el órgano. Como el piano, se basta para ejecutar una obra. Comparándolo con aquél, el órgano tiene, aparentemente, una superioridad formidable. Con sus magnitudes colosales; con sus millares de tubos y la inmensa cantidad de sonidos diferentes; con los cinco teclados manuales y los dos teclados de pedales que poseen los ejemplares más grandes; con sus largas hileras de distintos y variados registros, y el prestigio de su antigüedad milenaria, es el órgano un majestuoso instrumento digno de cobijarse bajo la grandeza de las naves que cubren las imponentes catedrales góticas. Apenas parece que pueda tener el organista facultades para dominar tan formidable fábrica, ni manera de acudir a tanta complicación de mecanismo. No le bastarán los dedos de las manos, ni la punta y el tacón de los pies, con que ataca las teclas negras y blancas del pedallier; hasta de las rodillas tendrá que usar para mover los grandes registros de conjunto: el «gran juego», el de los fuertes y pianos, el de la expresión.

Pero, a pesar de tanta potencia, de tanta grandiosidad, o acaso por esta sublimidad misma, el órgano no es apto a la expresión humana de la música; y por el carácter mecánico de su interpretación no se presta, como el piano, a ejecutar toda clase de obras musicales, y menos que nada transcripciones de orquesta o de otros instrumentos. Tampoco, por sus condiciones materiales, estará al alcance de todo el mundo. Pocos serían los que podrían darse el raro y soberano placer de hacer sonar y combinar las notas de tanto y tantos maravillosos juegos de sonidos: el incomparable dulce de los flautados; el temblorosamente armónico del «unda maris»; el sugestivo de las lejanas voces humanas; el trepidante de la fuerte trompetería.

En su solemne majestad, el órgano, no solamente se basta a sí mismo para la ejecución de las obras apropiadas a sus condiciones excepcionales, sino que repudia la compañía de cualquier otro instrumento: no necesita ser acompañado, y no puede disminuirse acompañando. La combinación del órgano con otro instrumento es siempre de un resultado artísticamente medocre.

Si el piano, universal por su utilidad y sus recursos, es el rey de los instrumentos, el órgano,

por su majestad y su grandeza, sería el pontífice.

EL PIANO Y LA GUITARRA, RIVALES

En la categoría de los instrumentos que pueden, solos, ejecutar las obras, además de estos dos de teclado, que son los más importantes, hay otros dos pertenecientes al género de cuerdas pulsadas: el arpa y la guitarra.

El arpa, rico y hermoso instrumento, puede tocar, sola, un repertorio, no muy extenso, de composiciones escritas o transcritas para ella, y hasta es capaz de llenar el programa de un concierto. Pero su sonoridad, como la del clavicémbalo, es igual y un poco dura, y cansa cuando se la oye demasiado.

En cambio, la guitarra, dentro de la limitación de sus medios y de la gran dificultad de su técnica, tiene mucha variedad de matices. Con su dulce y suave media voz, pero llena y sonora, puede interpretar obras de todos los estilos, escuelas y autores, desde los clásicos, como Bach, a los modernos, como Debussy y Falla; desde las obras románticas de Chopin a las de típico estilo español de Albéniz o Granados.

Sin duda, la guitarra es, después del piano, el instrumento que tiene más capacidad para interpretar mayor variedad de obras compuestas o transcritas para ella.

Y hasta alguna vez ha nacido una cierta rivalidad entre ella y el piano. Y dicen los guitarristas, para apoyar su causa: «el piano se golpea; la guitarra se abraza amorosamente, como a la amada».

El guitarrista la lleva consigo, y no necesita de nadie ni de nada para dar un concierto. Es ventaja que únicamente ofrece la guitarra. El pianista no siempre encuentra un buen piano de concierto; menos aun el organista, un órgano; los concertistas de otros instrumentos necesitan quien los acompañe. Sólo el guitarrista tiene reunidas en él y en la guitarra que lleva consigo todas las condiciones para hacerse oír.

En esta alta jerarquía de instrumentos individuales, en que el piano es el rey y el órgano el pontífice, el arpa sería la reina de hierática belleza, y la expresiva guitarra, lejana princesa enamorada.

COMO HACERSE INTERESANTE a los HOMBRES

Por KATHLEEN NORRIS

UNA señora, que lleva nueve años de casada sin tener hijos, adoptó a un niño llamado Keith. Los encantos de la criatura llegaron a dominar tanto a la dama y a su esposo que más tarde adoptaron al hermanito también.

Nunca han habido padres tan felices como éstos. El jefe de la familia, John McGregor, venía a la casa de su trabajo deseoso de jugar con los chicos y acostarlos a dormir. La esposa se sentía orgullosa de lo inteligente que eran. Cuando Keith cumplió tres años y Bruce dos, recibieron los dichos esposos la grata sorpresa de un hijo propio. Más luego, me han informado que se espera otro regalo de la Naturaleza.

LA CONQUISTA DEL MARIDO IDEAL

Este hecho se repite a menudo en la vida de las mujeres que no pueden tener hijos por muchos años. Cuando dejan de preocuparse y se dedican a algo útil, parece que la Naturaleza las ayuda a conseguir lo que en tantas ocasiones han deseado.

Igual ocurre con aquellas mujeres que se desesperan por un novio. Generalmente, ellas mismas repelen a los hombres creándose a su alrededor un ambiente destructivo para el amor. Es que le dan demasiada importancia al asunto y no pueden mirarlo con la adecuada naturalidad. En las más inocentes demostraciones suelen ver una declaración romántica y en cambio cuando asoma a sus vidas el verdadero idilio lo espantan con su exagerada ansiedad.

Cientos de mujeres entre las edades de 24 y 40 me escriben anualmente sobre este delicado problema. Algunas me envían fotografías para demostrarme que son bien parecidas, como si ello tuviese algo que ver con la solución.

La verdad es que en numerosas ocasiones la preocupación de la mujer con sus atractivos es uno de los factores que aleja a los pretendientes. Cada vez que un hombre ve a una mujer ofreciendo excusas por su cabello o su sombrero viejo, o por algún defectillo pasajero en el cutis, piensa que tiene el complejo de las jamonas, complejo egoísta por demás.

Mientras está entre familiares o amigas esta dama se porta perfectamente bien, pero en el instante en que aparece en escena un hombre, ya se siente en la necesidad de hacer aspavientos y tonterías. Quiere mostrarse llena de sofisticación, dice cosas que no son sinceras, habla mucho o no participa en la conversación, y en fin procede de la manera más antinatural.

EL HOMBRE BUSCA LA COMODIDAD

La dificultad principal en la vida de estas mujeres es que le dan al hombre más importancia de la que tiene. El hombre se da cuenta y aunque se siente orgulloso, prefiere ir a otras amigas en busca de camaradería. Quiere a su lado mujeres que no teman porque las observen con la nariz tupida o con un abrigo viejo. Lo que le gusta es



«Tienes que acompañarme donde abuelita a llevar a mi hermanito, porque mi otra hermana está en casa con su bebé».

sentirse cómodo al lado de una mujer; desea olvidarse de sí mismo; renunciar a la «pose» del admirador y convertirse en compañero y amigo de la que motiva sus atenciones.

Hace algunas noches pasaba yo frente a una casa en el instante en que salía de ella una señorita muy alegre. En el jardín la esperaba un joven. Al despedirse, la muchacha le decía a alguien adentro:

—¡Mary, si lees mi libro no me pierdas la hoja! Está bien, mamá. Adiós, papá. Oye, Tomás—agregó dirigiéndose a su amigo—tienes que acompañarme donde abuelita a llevar a mi hermanito, porque mi hermana está aquí con su bebé. Además, debo comprarle algo a mamá en la tienda para el chocolate del viejo mañana. ¡Qué de cosas la primera vez que vamos juntos al cine!

Sería la primera vez, pero no la última. Porque le daba a comprender a su admirador que él no era la única persona que le interesaba en el mundo; que sus padres y sus hermanos también merecían atenciones y ella los necesitaba para su felicidad.

Entablar amistad sincera y pura con los hombres es un don que toda mujer debe cultivar con ahínco si es que no lo posee como cualidad natural. Lo importante es manifestarse una tal y como es, sin

esperar a que otros la descubran. Desde que una mujer se siente completamente satisfecha y dichosa, empieza a encontrar hombres que estén ansiosos de compartir esa felicidad con ella.

Tiene amigos, libros, trabajo, planes. El próximo verano hará cosas interesantísimas; el próximo invierno se mudará a esa casa de sus ensueños. El viernes irá al concierto de la Orquesta Filarmónica; el martes a la clase de inglés; el domingo a visitar al hermano casado en el campo. Posee una victrola, un radio y varios admiradores que están dispuestos a escucharla a cualquier parte.

Cuando un joven se encuentra con una mujer que está ocupada en tantas actividades interesantes, en seguida le asalta la idea de interponerse en su camino. Como sabe que no necesita de él, quiere probarle que sí le necesita. Le pregunta por curiosidad por qué no se ha casado a los 32 años de edad, y ella contesta que está muy absorta en sus libros, en su trabajo y en la vida social inde-

pendiente. No ha tenido tiempo para pensar en el matrimonio.

El hombre insiste en que seguramente a ella le gustaría tener su propio hogar y vivir rodeada de hijos, a lo que ella contesta que es la verdad, pero que a veces no todas las cosas salen a pedir de boca y por tanto hay que conformarse con la dicha relativa que se le presenta a una en la vida.

Este joven altruista comienza inmediatamente a convencerla de lo contrario. Le dice que la mujer desconoce la verdadera felicidad hasta que se casa. En cuanto a él, nunca había deseado casarse, pero a medida que pasan los años ve más claro y ansia de veras poder formar un hogar.

De ahí en adelante, la barca del idilio sigue navegando viento en popa. Desde luego que muchas mujeres de recursos limitados no pueden dar esa impresión de independencia absoluta, pero en cambio sí pueden demostrarle al hombre que se hallan satisfechas con lo que poseen, y eso es suficiente para que el caballero andante salva a la palestra por su Dulcinea.

Si ella está satisfecha, él también lo estará a su lado. Lo que no interesa tanto al hombre es que la mujer sea una ambiciosa y trate de conquistarlo «por lo que se le pueda pegar».

LOS amores de Miranda con la Marquesa de CUSTINE

ON Francisco de Miranda era un hombre que, según Lavater, «encerraba un mundo de hombres en sí mismo». Solía decir el pastor:

«Francia no debe alejar de ella ese mundo, donde un mundo de espíritu y de energía se juntan».

Figuraba entre sus amigos de ideas revolucionarias José Marchena, especie de precursor de la república hispana. En aquellos días de relativa libertad, don Francisco va a la vera de su gran amigo. Juntos estudian entre sí los problemas que estremecen sus espíritus vigilantes contra la injusticia, templados en el acero de sus caracteres tallados en roca. Juntos están amenazados por la policía. Comparten el peligro. Asisten a las mismas recepciones, tienen el mismo círculo de amigos.

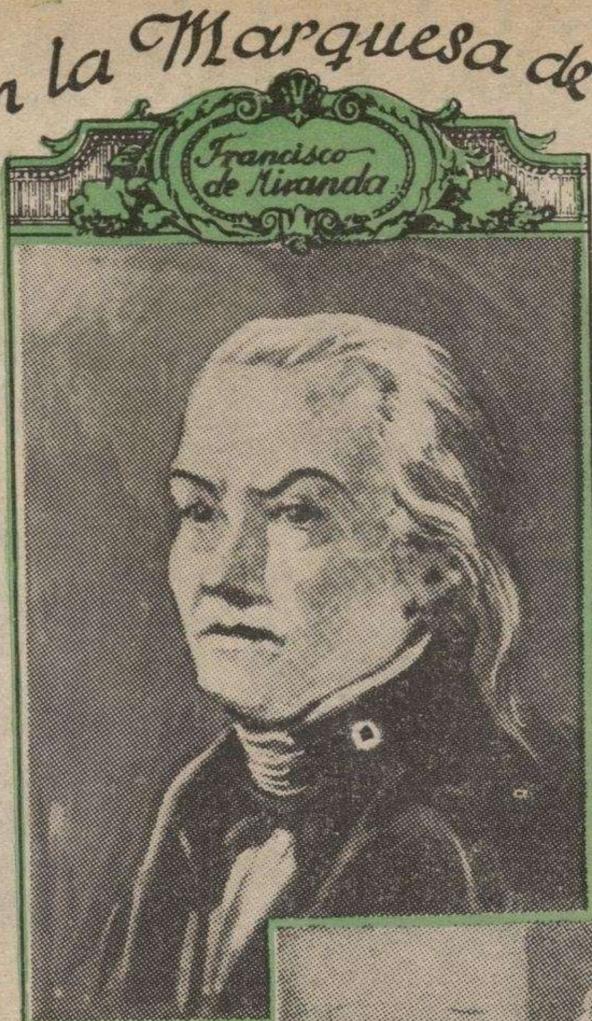
Uno de los sitios a que concurrían de costumbre, era la casa de Luisa Eleonora Melania de Sabran—la primorosa y exquisita Marquesa de Custine—, signada con el número 9 de la calle de Martel en el Faubourg de Saint-Denis. La fascinadora expresión de esta dama, su cultivo, el verdadero sex-appeal, como llamamos en este siglo a la seducción que empezó su obra desde el affaire de la manzana del Paraíso, iba realizando un complicado proceso en el ánimo del ilustre político de la lejana Venezuela. Cuando hubo de permanecer en la Force, ella lo visitaba mimosamente, a la par que a su marido, que también por esos días estaba relegado en un calabozo.

Delfina, ataviada con esa elegancia natural que supera a todo artificio, usando de sus ojos como de dos faros en medio de la tempestad política, supo encontrar el camino del corazón en el hombre que desde que la conoció le otorgó sus más puros sentimientos, envueltos delicadamente en un respeto que solamente la amistad puede entender.

Pero esa amistad no tardó en desviar su rumbo. El amor se hizo despótico en el corazón del venezolano. Su ascendencia española no podía permitir las generosidades eróticas de la fascinante marquesa. Aunque Chateaubriand permaneciera de rodillas en su gabinete a media luz, aunque Fouché tomara para ella algún aspecto de protector, aunque Alejandro de Beauharnais la consolara de sus penas, Don Francisco de Miranda no admitía compartir de ningún modo el amor de una muchacha. No era su carácter duro y franco hecho para tomar un número en la lotería del amor... Se retiraba con la serenidad de quien es superior a sus pasiones. Los blancos y mórbidos brazos no logran retenerlo. Pero la amistad que otrora los unía recobra su sitio. Queda convertida en un recuerdo grato; el eco de una canción, la armonía alegre de una carcajada, la frase emocionada de un minuto...

Delfina es, sin duda, la mujer más cortejada de la época. Lleva en la sangre una coquetería sutil que no es ni el descaro ni la insolencia.

La correspondencia de esta mujer encantadora dirigida a Miranda, es el único comprobante de ese amor complicado y misterioso. Reprende su severidad, lo conmina a volver, a ver en ella a «la única amiga que lo sacrificaría todo por él».



El noble rostro de don Francisco de Miranda, el libertador.

Miranda en la prisión, donde a menudo recibía la visita de la fascinadora marquesa de Custine, «la única mujer en su vida».



Cuando se encuentra perseguido y oculto a la investigación de la policía, ella va a acompañarlo en su retiro, privándose de fiestas y saraos. Y cuando su estado económico flaquea, ocurre siempre a Don Francisco, que sabe ofrecerle seiscientas libras para un viaje a Suiza, sin herir el amor propio de la dama...

Delfina no abandona el corazón conquistado de

Miranda. Dicele sonriendo: «Aquí estoy y aquí me quedo». Habla con él de política, de intereses; usa de su influencia para salir avante en sus asuntos privados. Reclama, casi celosa, de la amistad que une a Miranda con la señora de Stael.

Hay momentos en que la soberbia del ilustre venezolano sube de punto. Es cuando en la volubilidad de la charla, escucha a Delfina referirse a Cheché... El nombre familiar que da a Fouché produce un choc en su espíritu. Encuentra turbia el agua del vaso que se le ofrece para apagar la sed.

La correspondencia, de cerca o de lejos, sigue su curso. Desde Baden, desde Zurich, desde Basilea la marquesa sigue llenando pliegos con su letrita minúscula... Lo conmina a llevarla junto a él durante las persecuciones. Cuando en 1796 triunfan los jacobinos, le ofrece ser «todo para él, hasta su cocinera...» pero jura en todos los tonos, del lirismo a la tragedia, «que no puede vivir sin su amor».

Un amigo íntimo de Miranda le dijo un día:

«Tiene una facultad extraordinaria la marquesa; a sus antiguos amigos, los convierte en amantes; a sus amantes de ayer, los transforma en amigos».

Miranda nada dijo. Pero su mirada fué tal que nadie hubiera querido afrontarla. Tuvo en su vida

muchos amores con damas encumbradas, pero jamás salió de sus labios el más leve comentario. Podía reír celebrando alguna aventura relatada en un salón, pero todo aquello en que él era protagonista, iba de su corazón al silencio eterno.

Nadie supo, pues, en verdad, si Delfina fué el «único amor de su vida», pero las apariencias lo decían a gritos.

Rejuvenecimiento De Las Glandulas y Renovacion Del Vigor Sin Operacion

Si Ud. se siente prematuramente viejo y padece de debilidad nerviosa, cerebral o corporal, hallará nueva felicidad y salud en un descubrimiento médico americano que restaura el vigor de la juventud y la vitalidad con mayor rapidez que una operación glandular. Es un sencillo tratamiento casero en forma de tabletas, descubierto por un médico americano. Absolutamente inofensivo y fácil de tomar, y a la vez el más moderno y poderoso vigorizador conocido por la ciencia. Obra directamente sobre las glándulas, nervios y órganos vitales, produce nueva y abundante sangre y sus efectos son tan rápidos que Ud. puede notar y sentir una nueva fuerza y vigor en el término de 24 a 48 horas. Debido a su acción natural sobre las glándulas y nervios, sus facultades mentales, sus nervios y vista con fre-

cuencia mejoran de manera sorprendente.

Este nuevo y admirable vigorizador y restaurador glandular llamado Varko, se vende garantizado. Ha sido ensayado y probado por miles en los Estados Unidos, y ahora se vende aquí en todas las farmacias y boticas. Consiga hoy mismo las tabletas Varko sometalas a una prueba y observe la enorme mejoría que experimenta en 24 horas. Tome un frasco completo, que dura 8 días, bajo la positiva garantía de que lo llenará de vigor, energía y vitalidad y hará que Ud. se sienta de 10 a 20 años más joven, o de lo contrario se le devolverá su dinero al presentar el frasco vacío. Un frasco de 48 Varko, especial de doble fuerza, cuesta poco y además Ud. está protegido por la garantía.

Varko
Devuelve Vigor y Vitalidad

LA TINTA ACUSA

EL CASO

del doctor que falsificó
un testamento y
asesinó a su mujer

He aquí una de las historias detectivescas tomada de los archivos de David N. Carvalho, el Sherlock Holmes de la caligrafía. Es un relato apasionante del caso extraño del doctor Wilkins, quien después de haber estado a punto de evadir el castigo de la justicia, fué condenado a la silla eléctrica al demostrar Carvalho que había asesinado a su mujer tras de haber falsificado su testamento.

por CLARA CARVALHO

HABIAMOS estado en un teatro viendo la representación de una obra policíaca, y mi padre y yo sentados ante el fuego de la chimenea, saboreábamos una copa de viejo coñac antes de irnos a acostar. El malodrama, que se refería al caso de un testamento desaparecido, no lo había complacido del todo. Y de pronto, mientras saboreaba el exquisito licor, se expresó así:

—Mi vida ha sido un incesante tercer acto. Pienso en las muchas veces que he tenido que salir a la escena de las dificultades de otras personas, he señalado al villano, y he hecho mutis por el foro. Nunca presencié el comienzo de esos dramas de la vida real, pero he terminado más de los que pudiera contar.

Me di cuenta de que tenía ganas de conversar. Al parecer, el coñac comenzaba a soltarle la lengua. Cuando encendió un nuevo cigarro, comenzó a hablar otra vez:

—El caso Wilkins—dijo—tuvo todos los elementos de un buen drama, con excepción del abrupto final. ¿Recuerdas cómo se desarrolló aquel extraño caso?...

Le contesté que no, y él inmediatamente se fué a una gaveta, rebuscó en ella, y retornó con un libro de recortes de periódico.

—Aquí tienes todos los detalles del caso—me dijo entregándome el libro, tras de haberlo abierto por la página correspondiente.

Mi padre, vencido al cabo por el sueño, se fué a acostar. Yo me dediqué a resucitar todos los detalles de aquel extraño caso.

o o o

El doctor Walter Keane Wilkins y su esposa Julia, se habían hecho notar entre sus vecinos por su extraordinaria afición a los animales. Tenían una casa en Nueva York, pero pasaban mucho de su tiempo en Long Beach, una playa cercana. Se pasaban las horas caminando por la orilla del mar y a menudo eran acompañados en sus paseos por un par de hermosos perros. Algunas veces la señora Duisberg, una vecina, observaba con admiración la actitud del mayor de los canes, llamado Duke, que cuando el doctor pretendía que iba a agredir a su mujer, se interponía entre los dos, ladrando y, si el juego continuaba, poníase casi histérico. La broma parecía gustarle a la señora

Wilkins tanto como a su marido. Por último, cuando éste se condolía del perro y cesaba en su juego, la mujer se sentaba en la arena y le acariciaba la cabeza al lindo animal, como si hubiera sido un niño.

El doctor Wilkins, de cabeza calva, había explicado a algunos de los vecinos que los años y la competencia lo habían empujado al retiro de la profesión médica, y que si a veces iba a la ciudad lo hacía con el propósito de ocuparse de los intereses de su esposa.

La casa del doctor en Long Beach estaba llena de animales. Sin contar los dos perros, tenían un mono y una cotorra, que escandalizaba desde la mañana a la noche. La señora explicaba:

—No tenemos niños en la casa, y al doctor no le gusta tener amigos, de manera que los animales nos entretienen.

Eso era todo lo que sabían los vecinos del viejo matrimonio. Eso fué todo lo que supieron hasta que una noche, en febrero de 1919, la señora Duisberg fué despertada por los desesperados golpes que alguien estaba dando en su puerta. Abriendo con cautela se encontró cara a cara con el doctor Wilkins, que le decía medio aterrorizado:

—¡Ladrones! Mi mujer...

La señora Duisberg le permitió que entrara y ella misma, por teléfono, llamó a la policía y avisó una ambulancia del hospital del condado de Nassau. Luego acompañó al doctor a su casa.

Cuando llegó un sargento de la policía, nada había cambiado. En el patio de ladrillo de la casa, la linterna del policía descubrió un sombrero rojo, un martillo y un pedazo de tubería. También estaba tirada en el suelo, boca arriba, una mujer que agonizaba: Mrs. Wilkins.

La sangre brotaba a raudales de su cabeza, y cuando llegó la ambulancia y fué trasladada al hospital, la ciencia nada pudo hacer por ella, ya que tenía el cráneo fracturado y murió dos horas después de haber ingresado en el establecimiento. El sargento de la policía, conmovido ante la tragedia del viejo doctor que estaba sentado pálido y triste, con la cabeza hundida en las manos, no se atrevía a darle la noticia. Pero no había más remedio que tomarle declaración, y al fin el médico se dispuso a darle a las autoridades una completa relación del suceso.

Dos habían sido las víctimas de la tragedia. El



David N. Carvalho a la edad de 21 años.

perro, Duke, había muerto también a consecuencia de una puñalada en la garganta, que lo había matado sin darle tiempo a lanzar un quejido. En la mesa del comedor había dos vasos que contenían «whiskey». El doctor dijo que había retornado tarde con su mujer, y que se había sentido alarmado al ver unas sombras que se movían tras de las ventanas de la casa, iluminadas por la luz del «hall». Le había dicho a su mujer que fuera a buscar auxilio mientras él entraba decidido a hacerle frente a los intrusos.

Pero inmediatamente que penetró en el portal recibió un golpe en la cabeza con algo que él creía había sido un pedazo de tubería. Todo lo que lo había salvado de correr la misma suerte que su mujer, fué que su sombrero de fieltro, bombín, había ofrecido resistencia al golpe. Y lo habían robado de todas sus prendas y de cuarenta dólares que llevaba en efectivo.

Mientras hacía su relato, el doctor no podía evitar que lo detuvieran los sollozos. Y repetidamente tomaba unas píldoras blancas, que ingería con grandes sorbos de agua.

Durante los funerales de su esposa, el doctor Wilkins fué una figura convincente que, vestido correctamente y con toda gravedad, dió repetidamente pruebas del hondo pesar que lo acongojaba. El tenía ya experiencia en aquellos duros trances de la viudez, porque era aquella la segunda mujer que enterraba. Se había divorciado de él. Y aquellas píldoras blancas que había usado la noche de la tragedia para que los nervios no lo traicionaran, contenían una considerable cantidad de morfina. Las autoridades se enteraron de que tanto el doctor como su mujer eran adictos a la droga.

Ningún esfuerzo había sido hecho por la policía para desvirtuar la historia del doctor. Aquello era perfectamente creíble, dada la gran cantidad de atracadores y rateros que infestaban la gran ciudad de Nueva York. Y los rateros temen más un grito de mujer que cualquier otra arma que pueda ser levantada contra ellos. A pesar de lo cual había dos circunstancias que determinaron la sospecha, dos circunstancias que sólo se tuvieron en cuenta después del funeral.

Una de ellas era el hecho de que sólo el perro

Duke hubiera sido muerto. ¿Por qué motivo los bandidos habían matado a Duke y le habían perdonado la vida al otro can? Porque cada vez que una persona extraña entraba en la casa, ya se trataba del carnicero, el nevero o cualquiera de los vendedores que la visitaban a diario, los dos perros ladraban su protesta. ¿Por qué, entonces, había sido suficiente matar a uno para mantenerlos callados a los dos?

La otra circunstancia extraña, era la condición de la cabeza calva del doctor Wilkins. A pesar del golpe que había desbaratado el sombrero, su cráneo aparecía en perfecta condición. Y ello era muy raro, ya que un impacto capaz de dejar inconsciente a un hombre, forzosamente tenía que haber dejado huellas bien visibles en su calva blanca y rosada. No existía tal huella y la policía al principio achacó la mentira del doctor, al hecho de que no había sido capaz de hacerle frente a los bandoleros. El no ser valiente no es un crimen. Podía ser que el doctor hubiera fingido lo de haber sido golpeado también, para adoptar una posición heroica a los ojos de sus vecinos.

El fiscal del distrito terminó por decirle a Wilkins que tenía que comprender que, razonablemente, estaba despertando sospechas. Pero el viejo médico no pareció resentirse por ello. Era acaso suficientemente inteligente para haber previsto que aquello sucediera. Pero le recordó al representante de la ley en su manera suave, que él dependía de su mujer para vivir, ya que ella lo había instado a que abandonara la práctica de su profesión.

Cuando le dijeron que la policía iba a realizar un registro en la casa del matrimonio situada en la calle 65 de Manhattan, el hombre se tomó un par de píldoras y expresó su equiescencia. No le dijeron que la busca ya había sido hecha y que uno de los documentos que se habían encontrado había sido enviado a David N. Carvalho para su estudio.

El mencionado documento era un testamento de la esposa del doctor que había sido encontrado en un baúl, en la casa newyorquina del matrimonio. Ese documento hacía al marido principal beneficiario de su fortuna, que ascendía a más de setenta y cinco mil dólares.

Mr. Weeks, fiscal del condado de Nassau que poseía una gran habilidad para desenmascarar asesinos, invitó al viejo médico a que lo visitara para hablar sobre el mencionado documento. Y Wilkins acudió acompañado de su abogado, y negó abiertamente que hubiera visto nunca el testamento en cuestión. Luego abandonó, ligeramente indignado, la oficina del fiscal y desapareció.

Durante varios días no se volvió a saber nada de Wilkins. Aparentemente había perdido el valor! Luego se supo que se había ido a Baltimore y había residido en un hotel perfectamente afeitado, mientras la policía buscaba a un hombre que tenía una barba blanca. Acaso no hubiera aparecido nunca vivo, ya que un hombre de 67 años la mayoría de las veces no tiene que esconderse mucho tiempo antes de que la muerte lo reclame, si no hubiera sido porque un asunto para él importante reclamaba su presencia en Nueva York. Y en cuanto retornó fué arrestado en un teléfono público, al que había acudido sin duda con ánimo de comunicarse con su abogado.

El doctor Wilkins fué sometido a juicio y convicto del asesinato de su mujer. Se le pudo demostrar al jurado que el martillo con que había sido destrozado el cráneo de la víctima, había sido comprado por el dulce y suave anciano que la acom-



En el patio de ladrillo de la casa, la linterna del policía descubrió un sombrero rojo, un martillo y un pedazo de tubería. También estaba tirada en el suelo, boca arriba, una mujer que agonizaba: era la esposa de Wilkins.

pañaba en su paseos por la playa. En cuanto al perro, Duke, había tenido que matarlo para que no alarmara a nadie con sus ladridos, ya que no hubiera consentido sin protesta el asesinato de su ama. Del otro perro, en cambio, no tenía nada que temer.

Mi padre testificó que la fecha del testamento, un día del año 1915, había sido escrita por el doctor Wilkins. Mediante el uso de reacciones químicas, Carvalho demostró que aquella fecha había sido escrita con una tinta distinta a la utilizada para su texto. Probablemente el testamento había sido preparado por la señora Wilkins poco después de su matrimonio, y más tarde había cambiado su opinión del marido y había testado de distinto modo. Ese otro testamento, que evidentemente existía, debió ser destruido por el doctor Wilkins, ya que nunca se pudo encontrar. Otro testamento anterior, con fecha de 1903, apareció tras de muchos registros, y en él se dejaba la fortuna de la dama a sus parientes naturales. Ese

testamento fué el que, en definitiva, sirvió para el reparto de la herencia.

Durante el juicio, el doctor Wilkins se mantuvo sentado, chupándose un dedo a la manera de los niños pequeños. Acudía a las sesiones elegantemente vestido; y a veces su nerviosismo era tal que hacía peligrar los libros y cartapacios de su abogado. Por fin el jurado se retiró a deliberar y retornó con un veredicto de culpabilidad. El viejo adicto a las drogas heroicas no pareció conmovido por la sentencia que lo condenaba a muerte. La mayoría de los jurados eran hombres casados, de bastante edad, que discutieron el caso durante veintidós horas antes de ponerse de acuerdo.

Un par de días antes de la fecha en que debía ser conducido a la tétrica prisión de Sing Sing donde debía ser electrocutado, el doctor Wilkins se subió a un cubo de metal que había en el cuarto de baño de la prisión del condado de Nassau, ató una cuerda de una de las tuberías del agua y con la otra punta se hizo un nudo corredizo en el cuello. Luego le dió una patada al receptáculo donde se había encaramado y los guardianes lo encontraron poco después ahorcado.

Corazón VALIENTE

POR VINGIE E ROÉ



El sol se ponía detrás de las colinas distantes. Brillaba rojo como sangre sobre el campo donde el heno cortado se amontonaba en gavillas, patéticos montículos trágicos en la tierra resquebrajada por la terrible sequía.

Junto al enorme rastrillo, en la misma actitud en que lo dejara Papá Juan, estaba Juanito, sentado, con sus brazos rodeando las piernas delgadas y el rostro apoyado sobre la rodilla. El muchacho no lloraba abiertamente— a los quince años ya se conoce el pudor de las lágrimas—, pero su corazón vertía amargo llanto. De la caballeriza llegaba a intervalos un monótono relincho: era el viejo Estrella Azul que lo llamaba. Por primera vez en su vida Juanito no respondió a ese llamamiento. No hubiera podido, porque el temor hacía temblar sus piernas y su mente estaba cargada de negros presagios.

El viejo Estrella Azul, hermoso a pesar de sus diecinueve años, aún erguido y airoso sobre sus esbeltas patas, los grandes ojos humedecidos de ternura y brillantes con el fuego de su gran corazón que había hecho historia en la región de las colinas, antes del nacimiento de Juanito.

Estrella Azul, el pura sangre invencible. Era un potrillo entonces, un extraño entre las colinas, traído por algún vendedor abulante y vendido por el precio de una canción. Pero había crecido en la libertad de los campos inmensos y a los dos años estaba milagrosamente convertido en una maravilla, un animal de precio. Pertenecía al abuelo Prather, y solamente María Luisa lo montaba. María Luisa era la joven más intrépida del mundo... y la más hermosa, así lo aseguraba Papá Juan y brillaban sus ojos con un fuego inexplicable cuando la describía «pequeña, flexible, de cabellos dorados y ojos azules que reían siempre...»

El abuelo Prather se mostraba orgulloso de poseer dos cosas tan preciosas como María Luisa y Estrella Azul; solía aceptar apuestas elevadísimas para las carreras celebradas en las festividades importantes, y no perdía nunca porque María Luisa conducía al joven Estrella Azul a la victoria en toda carrera que fuera anotado.

—Eran invencibles, hijo—decía muchas veces Papá Juan sacudiendo la cabeza, los ojos perdidos en el pasado resplandeciente—y toda la región los amaba. María Luisa podía haberse casado con cualquier hombre, el mejor, el más rico... y me eligió a mí.

Pero María Luisa había muerto largo tiempo atrás, cuando Juanito contaba apenas cinco años; tampoco el abuelo Prather existía ya y el mundo había cambiado para Papá Juan. Trabajaba sin descanso en la chacra, iba rara vez al pueblo, jamás a las celebraciones públicas, donde se disputaban carreras y habíase vuelto a casar algunos años antes, puesto que un hombre y un niño necesitan a una mujer en la casa. Más, por alguna razón, lo que Papá Juan quiso que fuera no llegó a ser y Juanito seguía tan privado de madre como al principio de su orfandad.

Hannah, la nueva esposa, era una mujer alta, de ojos negros cuya expresión nadie podía penetrar; Juanito temblaba siempre al sentir el peso de su mirada sobre él. Trabajaba bien en la ca-

sa, que brillaba de limpieza, había buena comida en su mesa, pero se notaba la falta de algo precioso: tal vez la alegría buena, el mutuo cariño, la confianza que hacen de una reunión de seres humanos una familia. Sólo en un lugar brillaba la luz y ese lugar era el ocupado por la hijita de Hannah, Lucy, de tres años de edad y medio hermana de Juanito.

Cuando Hannah miraba a Lucy sus facciones frías se dulcificaban, como si alguien hubiera encendido una luz detrás de ellas. Lucy era una criaturita dulce y también Papá Juan la amaba. Había algo lleno de vida, luminoso, ajeno a Hannah, en la nena, y algunas veces Papá Juan alentaba el extraño pensamiento de que podía haber sido hija de María Luisa. Se preguntaba en tales ocasiones si tal vez su amor y su nostálgico recuerdo no habían imprido la imagen de su primera y amada esposa en la puequeña alma de Lucy.

Mantén secretas estas reflexiones, naturalmente, pero Hannah parecía presentirlas con cierta cualidad extrahumana, y sentía celos de la chiquilla. Lucy le pertenecía. Juanito era de su padre... y de María Luisa. Que cada uno guardase lo suyo. Hannah había quitado el hermoso retrato en colores de María Luisa del sitio de honor que ocupaba en la mejor habitación de la casa, relegándolo al altillo entre las cosas inservibles y Juanito tenía la seguridad de que también lo habría puesto a él, de serle posible, fuera de su vista para siempre.

Algunas veces Papá Juan rodeaba los delgados hombros de su hijo con su brazo, en una especie de muda apelación, pero nunca cambiaban palabra sobre las cosas veladas que vivían con ellos en la chacra: odio y celos. Hannah odiaba la memoria de María Luisa, y por eso odiaba a Juanito. Y últimamente parecía odiar también al viejo Estrella Azul.

Las interesantes narraciones que Papá Juan solía hacer a su hijo sobre las aventuras de María Luisa y Estrella Azul, habían recaído en el silen-

cio, porque si Hannah oía tan sólo una palabra, gritaba:

—¡Cállate, Juan!—como una poseída, y el hombre callaba, mientras gacha la cabeza, continuaba con su trabajo.

Y ahora había sequía, poca reserva de provisiones, y esa noche durante la cena Hannah dijo algo que atragantó la comida en la garganta de Juanito, provocando un estremecimiento nervioso de su débil cuerpo.

—Este invierno será de los más duros—había dicho la mujer—. Tendrás que disminuir las bocas, Juan, eliminando a todos los animales inútiles... Esto, y una mirada expresiva que obligaron al hombre a bajar la cabeza sobre el plato.

Hannah era una mujer con voluntad de hierro; padre e hijo lo sabían. Cuando Juanito se levantó de la mesa para alejarse trastabillando con su nueva carga de pesar y miedo, Papá Juan lo siguió con una mirada dolorosa, e intentó una protesta.

—Hannah... He adivinado que con eso de animales inútiles te refieres a Estrella Azul, pero él es amigo del muchacho, amigo mío también. Siempre significó mucho para... para nosotros.

—Para tí y para ella, querrás decir—replicó Hannah amargamente.

—Es una parte nuestra, una parte de Juanito y mía, Hannah. Como nuestra propia sangre... ¡Cielos, si Estrella Azul es un miembro más de la familia!

—No de «mis familia. ¿Qué es al fin y al cabo Estrella Azul sino un animalejo?

El rostro del hombre enrojeció. ¡El viejo Estrella Azul, el campeón, tan orgulloso, tan bueno, de soberbia apostura... un animalejo!

—Hannah—arguyó—. Tú no puedes ser dura hasta ese extremo...

—¡Ya verás lo que puedo ser yo, Juan Strong!—replicó decidida. —No voy a cortar la ración a mis vacas, para dar de comer a un saco de huesos demasiado viejo para trabajar. Matarás a las dos vacas viejas; al menos su carne servirá; venderás las dos mulas y lo venderás... a él.

—Pero, Hannah...

—Harás lo que te ordeno, Juan. ¿Acaso mi dinero no pagó la hipoteca que pesaba sobre esta chacra? Tengo derechos... Vete ahora; es mejor que cierres las ventanas del establo. Me parece que está por llover.

—Naturalmente, papá. Todos opinan lo mismo.



Papá Juan salió corriendo de la cocina, vultoso al rostro al cielo con aguda alarma ¡Lluvia sobre la miserable cosecha! Unas gotas de lluvia sobre sus gavillas privaría al heno de un sesenta por ciento de su valor alimenticio...

Las nubes venían del suroeste, nubes oscuras que significaban lluvia en esa región.

Con una opresión en la boca del estómago, Juan Strong miró a su alrededor. Después contrajo los labios en una apretada línea y se dirigió a la caballeriza donde descansaban sus fatigados animales.

Los enjaezó con manos compasivas, unciéndolos al carro. Cinco minutos después llegaba al campo; al rodear las gavillas, Juanito se levantó, destacándose su delgada silueta junto al rastrillo.

—¿Qué sucede, papá?—preguntó con toda la firmeza que pudo asumir.

—Voy a llevar todas las cargas que pueda al granero, antes que se desate la tormenta, hijo—replicó el hombre. —Cuando deje de llover, volveremos a sacarla. Es nuestra única probabilidad de salvar algo de la cosecha.

Sin una palabra el muchacho tomó una horquilla y empezó a trabajar metódicamente.

Había luna llena y mientras se mantuviera lejos de la zona dominada por las nubes habría suficiente claridad.

Ambos, el hombre y el muchacho, habían trabajado sin descanso durante todo el día, pero trabajaron otra vez febrilmente y en silencio. Ambos sabían lo que se alzaba entre ellos. Ambos conocían el poder de Hannah, su voluntad implacable.

Hacían cada carga lo más grande posible, perdían poco tiempo en ir y volver del granero. El hombre contemplaba los progresos de la tormenta, con inquietud.

—No me agrada el cielo—dijo de pronto—. Demasiado claro al oeste. Anuncia viento.

—Sí—asintió el muchacho—. Y lluvia fuerte también. Tanto que la desemos y nos encuentra sin reparos...

—¿Qué quieres decir?

—El puente grande—está por caer, papá. Me lo dijo Bill Smith.

—¡Cielos! Hace tanto que no voy por el pueblo que no sé nada... ¿El padre de Bill también opina que el puente grande es inseguro?

—Naturalmente, papá. Todos opinan lo mismo.

—Hum...—hizo Papá Juan—, si el puente se rompe quedaremos encerrados, lejos de todo contacto con el resto del mundo. Ese ha sido el peligro principal de esta garganta durante cuarenta años... Lástima que estemos tan alejados de la ciudad; en caso contrario las autoridades municipales se habrían encargado de ayudarnos.

—Hmu...—hizo Juanito a su vez, sin haber prestado atención.

¿Qué importancia tenían las tormentas, el heno y los puentes, frente al odio de Hannah? Pensó desesperado en el futuro mientras sus jóvenes brazos, abrumados de fatiga, se alzaban y descendían amontonando el heno sobre la carreta. ¿Qué sería de Estrella Azul? ¿Qué haría Papá Juan con él, por orden de Hannah? ¿Venderlo para quién sabe qué triste destino? ¿Matarlo, quizá? Un tiro en la noche, tal vez, una huella sobre el pasto seco hacia alguna sepultura distante...

Juanito amaba a su padre, pero conocía el poder de Hannah sobre su voluntad. Lloró silenciosamente mientras trabajaba, olvidando en su terrible pena que los hombres de quince años no lloran, resolviendo con fiera decisión tomar el viejo caballo al advertir el primer signo de peligro y huir con él. Mejor morir de hambre juntos, que irse uno, dejando al otro solo.

La luz de la luna se transformó en sombras rioladas cuando las vanguardias de la tormenta pasaron rozando su rostro en alas de algún viento alto que no llegó a la tierra. Amenazadora y quieta la oscuridad se extendía hacia el sudoeste. El mundo contenía el aliento.

—Esta será la última carga, hijo—dijo Papá Juan—. Ya la tenemos sobre nosotros. Y en efecto, la tenían sobre ellos al acercarse al granero. Grandes gotas pesadas que caían, esperaban y volvían a caer como los ligeros toques de advertencia antes del gran ataque inicial. Hannah había cerrado puertas y ventanas.

Mientras Papá Juan desataba a los cansados caballos, Juanito se deslizó hasta el «box» donde Estrella Azul pasara la mayor parte de su vida. Los brazos delgados rodearon el largo cuello sedoso; la joven mejilla, húmeda de lágrimas, se apretó contra el suave hocico que le devolvió una caricia tierna como la de una mujer a un niño.

El muchacho contuvo los sollozos y corrió a reunirse con su padre. Llegaron justamente cuando se desencadenaba la tormenta con toda su furia,

zonzerto tremebundo de truenos, fragor de relámpagos, rugidos de bestia herida.

Esa noche fué recordada durante mucho tiempo en la región de las colinas. El pandemonio reinó sobre la tierra, dejando a su paso muerte, destrucción, desastre. Se supo después que el padre de Bill Smith había sido muerto por un rayo al pretender salvar sus animales, que los Markse, sin la protección de las colinas cercanas, habían perdido todos los edificios de su estancia. Mas el triste conocimiento quedaba para el día.

La noche era suficiente en sí misma, en la casa donde Juan Strong veía con su familia. Las poderosas ráfagas de viento sacudían la vieja estructura, como las manos de un gigante con un juguete. A media noche el pesebre, construido detrás de la cocina, fué arrancado de cuajo. A las dos de la mañana el granero cayó sobre el precioso heno. Juanito golpeaba la puerta con los puños, lleno de impotente furia.

—¡Déjame salir—gritaba—. ¡Quiero ver cómo está Estrella Azul! ¡Déjame ir! El padre le obligó a retroceder.

—Todos los seres y las cosas están en peligro esta noche. Ten paciencia...

El muchacho apretó el rostro contra la ventana; una catarata afluía en el exterior.

—¡La caballeriza aún resiste!—exclamó desesperadamente al iluminar la luz de los relámpagos ese horrible mundo. Un segundo después gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: —¡Ha caído el puente grande! ¡El río se sale de madre!

—¡Dios mío!—baluceó Juan Strong, uniendo las manos.

En el término de ese segundo la tragedia golpeó la vieja casa. El viento se levantó, con fuerzas renovadas, golpeó, y un trozo del techo del granero volando como una alfombra mágica, atravesó la vetnana de la cocina rompiendo el vidrio y yendo a clavarse contra la pared. La lluvia penetró por el vidrio roto; la llama de la lámpara fluctuó en el tubo, pero se mantuvo valerosamente. Y casi al mismo tiempo Hannah lanzó un grito de agonía, tomando a su hijita entre sus brazos con frenesí. Una astilla, del grosor de un dedo meñique, atravesaba por completo la parte baja de un muslo de la pequeña Lucy y la sangre brotaba en una roja corriente.

Papá Juan miró y cerró los ojos temblando. Hannah tenía la boca abierta y sus dientes se destacaban blancos, hundidos en los labios. Estas eran personas simples, nacidas en regios solitarias, lejos de todas las comodidades de los centros civilizados, austeras con los sentimientos, preparados siempre para lo peor. Sin una palabra el hombre se sobrepuso a su terrible dolor y quitándose la camisa empapada de sudor, la hizo jirones.

—Sostén a la nena—ordenó a Hannah—. Que no se mueva...

Sus manos hábiles, adiestradas por una larga práctica con los animales, formaron un torniquete alrededor de la pequeña pierna. La corriente roja perdió algo de su fuerza, pero siguió brotando implacable. Corría y goteaba mientras los padres miraban sin poder hacer nada; una corriente preciosa de vida que no podía durar mucho.

—El doctor Marsh...—dijo Hannah pesadamente. —Seis kilómetros... ¿Resistirá el carro la fuerza del agua?

—¡No hay puente!—la voz del hombre sonó brusca, extraña. —¿No oíste a Juanito decir que fué arrastrado por la corriente?

Hannah cayó sobre sus rodillas, sosteniendo a Lucy, mirando su pálida carita con ojos que producían escalofríos. Desesperadamente Papá Juan aumentó la presión sobre la tierna carne. Al cabo de un momento tomó varias prendas y las ató alrededor de la astilla; no se atrevía a removerla porque en cierta forma servía como un tapón. Luego contempló a su hijita con los labios apretados, el rostro contraído.

Esta criatura, este pequeño ser encantador, con la suave gracia y el espíritu indomable de María Luisa; él la amaba con algo del amor que sintiera por la ausente. Ahora, ella también se iba como se había ido María Luisa y no le quedaría nada de ese amor que era una luz brillante, inextinguible.



ble en su pobre vida. Sin un pensamiento para Hannah lanzó un gemido, cubriéndose el rostro con ambas manos. No supo siquiera que su hijo—hijo suyo y de María Luisa—le observaba con esa misma luz empezando a asomar en las profundidades de sus ojos.

Juanito permanecía mudo frente a la tragedia. Su boca se movía sin producir sonido, sus labios estaban blancos como la ceniza de la madera quemada en primavera. Al fin consiguió hablar y lo hizo como un hombre. —Papá, ¿se desangrará Lucy... hasta morir?

—¡Sí!—respondió el padre.—¡Morirá sin remedio! ¡Y el puente no está ya! ¡Oh, Dios mío, mi Dios! —De rodillas, las manos entrelazadas, imploraba al cielo.

*

Siglos se le antojó el tiempo transcurrido hasta que alguien le tocó el hombro. Juanito estaba allí. Hannah lloraba, moviéndose de un lado al otro rítmicamente sobre sus rodillas, apretada Lucy contra su pecho. La criatura permanecía silenciosa, su cabecita morena girando con el movimiento.

Juan Strong contempló a su hijo con ojos hundidos en las órbitas.

—¿Qué hay, muchacho?

Juanito le devolvió la mirada y esta vez Papa Juan percibió vagamente la presencia de María Luisa. Estaba allí, en los ojos firmes de su hijo, en la palidez de su rostro, la fuerza, el valor, el resplandor interno...

—Papá—dijo Juanito—, si Lucy está muriendo... —su joven voz tembló en la temida palabra—, si está muriendo, ¿me permites intentar su salvación?

—¿Su salvación?—repitió Papá Juan estúpidamente. —¿Qué salvación? ¿Cómo?

—El doctor Marsh está distante sólo seis kilómetros y Estrella Azul no necesita puentes... Te consta que sabe nadar, que es el mejor nadador de la región. Tú lo sabes... Vamos, papá. Acepta el desafío del destino. Abuelito Prather, mamá María Luisa y Estrella Azul aceptaban todos los desafíos, ¿no es cierto?

Por un espacio de tiempo interminable el hombre siguió de rodillas con los ojos fijos en el espacio. Luego se puso de pie lentamente, como si estuviera dispuesto a abrirse camino en un mundo nuevo.

*

Abuelito Prather, María Luisa, Estrella Azul... Su mente retrocedía en el tiempo hasta aquellos días briosos de su juventud, la juventud de María Luisa, la juventud de Estrella Azul. Vió el sol brillando sobre la pista del pueblo y a una jovencita esbelta sobre un «pura sangre» lleno de nervios y fuego. Sí, aceptaban desafíos esos dos que exponían sus vidas y los dos hombres que exponían sus amores. María Luisa y Estrella Azul: los dos valerosos, gallardos, alegres... María Luisa había muerto, pero quedaba Estrella Azul que aunque viejo poseía el mismo corazón valiente. Observó el rostro de su hijo, tenso, contento, poderoso a pesar de su extrema juventud. Recordó las ocasiones que había visto nadar a Juanito y a Estrella Azul en el río.

Algo de ese espíritu, de ese poder, de ese valor, cayó como un bálsamo confortante sobre la vastedad de su desesperación. Miró el rostro pálido de

Lucy, sus ojos cerrados, y de pronto aceptó el desafío, oponiendo el valor a la tragedia.

Acepto—pronunció entre los dientes cerrados y se inclinó para tomar a la criatura de entre los brazos de Hannah—. Ve a prepararte, hijo mío.

Pero Hannah volvió a exhalar un grito de agonía y clavó en sus manos uñas como garras —¡No! —rugió—. ¡No! Ese maldito ahogará mi nena. ¡No lo escuches!

Haciéndola a un lado levantó a Lucy y la envolvió en una frazada mientras el muchacho corría contra la tormenta. Al cabo de un momento la luz de la lámpara brilló en los ojos fieles de Estrella Azul a través de la lluvia. Juanito estaba allí.

—Ya casi no hay viento—anunció.— La lluvia amaina. Venceremos, no se preocupen.

Bajo la lluvia, luchando contra la enloquecida Hannah, Juan Strong sacó a su hijita al exterior y la dejó en brazos de Juanito; su rostro era el de un hombre sujeto a tortura.

—La única probabilidad, hijo, pero yo apuesto por tí y Estrella Azul... Y María Luisa—añadió para sí.—Ella os acompaña guiando a su fiel amigo.

El y Hannah vieron alejar a Estrella Azul llevando sobre sus ancas todo lo que más querían en el mundo entero; la lluvia torrencial lo envolvió; a la luz intermitente de los relámpagos lo vieron entrar en contacto con las aguas espumosas del río que inundaba el campo frente a la casa, inclinado sobre el agua, con su flanco izquierdo oponiéndose a la fuerza de la corriente, el viejo caballo se adelantaba sin un segundo de vacilación. En la misma forma se había adelantado contra las corrientes del viento y la velocidad de los antiguos días, firme, seguro, no cediendo ante nada.

Sostenía muy alta la noble cabeza y Juan Strong supo que sus ojos brillantes, no empañados aún por la edad, medían los pro y los contra de la situación. Los pensamientos de Papá Juan corrían como las aguas rugientes más allá. Tenía las manos ceñidas a ambos lados del cuerpo. Había olvidado la existencia de Hannah.

Los relámpagos iluminaban a intervalos y él seguía mirando. Vió al viejo caballo adelantarse lenta y paulatinamente, vió a Juanito inclinado sobre su pescuezo, vió la frazada blanca que envolvía a Lucy.

Después, súbitamente, los vió hundirse, y supo que Estrella Azul nadaba. Siempre esa noble cabeza, apenas un punto sobre las aguas ahora, continuaba erguida y dirigida a tierra, en la opuesta orilla, acortando la distancia metro a metro.

Juan Strong se inclinó hacia adelante, conteniendo el aliento, las manos convertidas en puños. Así se había inclinado cuando María Luisa y Estrella Azul se acercaban a la meta; con la misma tensión del alma y del cuerpo había observado esas patas frágiles, veloces, temiendo que fallaran lanzando a su preciosa carga a la muerte. Pero nunca fallaron, nunca vacilaron; siempre habían llegado a la meta victoriosas. Y con ese pensamiento descubrió que, por más que forzara la vista a la luz de los relámpagos, ya no podía ver la cabeza de Estrella Azul sobre las aguas; el caballo, el muchacho y la criatura habían desaparecido.

*

Cuánto tiempo permaneció hundido en esa angustia sin nombre, no lo supo nunca; tampoco supo que sus uñas habían producido hondas heridas a sus palmas. Sólo tuvo noción que de pronto, allá lejos, volvía a aparecer un punto negro sobre las aguas. Algo informe, que se movía, luchaba y ganaba palmo a palmo su avance hacia la parte alta, algo que aparecía y desaparecía en el vaivén de la corriente. ¡Estrella Azul... Juanito—y María Luisa—habían vencido!

Sin palabras, lleno el corazón de frases que no podía articular, dominado por una sensación sobrehumana, levantó el rostro al cielo y vió por un segundo la luna entre las nubes.

*

Dos días más tarde, en una tierra soriente, lavada por las recientes lluvias, Juan Strong volvía de la casa del doctor Marsh, guiando su carreta. Detrás de ellos, pisando la tierra, orgullosamen-

te seguía Estrella Azul, llevando a Juanito sobre el lomo. Juanito, que se había convertido de pronto en un hombre, tranquilo, sereno, no temiendo nada de la vida y el destino, ni de su madrastra.

Una naturaleza como la de Hannah no se altera fundamentalmente en un día, pero la voluntad firme que había criado a las de su raza en la escuela de la austeridad, fué puesta al servicio de la transformación. Había recibido su lección y le bastaba mirar a Lucy jugando al sol para comprender su importancia.

*

Tres días después de la vuelta al hogar tomó asiento a la cabecera de su mesa y observó a los hombres que refrescaban sus cansados cuerpos con la excelente comida preparada por ella. Habían trabajado sin descanso, extendiendo el heno al sol para que se secase y sus rostros delgados estaban marcados por profundas arrugas. Miró a Juanito, luego a Lucy sentada sobre las rodillas del padre y sus ojos negros perdieron todo su misterio, dulcificándose.

—Juan—dijo al cabo—, esos tres terneros... Had-don los quiere. Pagará bien...

—¿Qué?—Papá Juan la miró atónito.—Yo creí que los querías para tí...



—Hay otras cosas que deseo, Juan—replicó Hannah quietamente. —Lealtad, equidad y quizá...— se detuvo lanzando un profundo suspiro— quizá el afecto de los míos. Ahora, Juanito y tú, Juan, id los dos a la otra habitación. Se está bien allí. Reposad un poco.. Extendí una colcha en el suelo. Admirado Papá Juan se incorporó e hizo lo que ella le había ordenado, parte por hábito, parte por algo que había creído percibir en su voz. Ahora la ventana estaba abierta para admitir la brisa fresca del jardín. Al cerrar la puerta detrás de sí Juanito exhaló un grito.

—¡Mira!—exclamó con un tono de voz que la excitación tornaba ridículo—. Mira, papá, mira!

Papá Juan se encontró mirando el retrato de María Luisa, colgado en su viejo puesto de honor. María Luisa con toda su gracia sonriente, la alegría de sus ojos azules, su valentía, su amor. Durante un largo rato lo contempló, hondamente, con ojos hambrientos, como si ese espíritu luminoso atravesara el espacio y tocara su corazón solitario inundándolo de luz para siempre.

—¡Amada mía!—murmuró con el alma, y luego en voz alta: —¡Pobre Hannah, querida Hannah!... Hijo, debemos estar agradecidos por muchas cosas. Aquella tormenta fué un regalo del cielo...

—Sí...—asintió Juanito. Me parece que... tengo una madre.

EL TESTIMONIO DE LOS SENTIDOS

Por Octavio Paz

HACE tiempo un amigo me mostró un pasaje de Rainer María Rilke sobre la poesía. Se trataba de unas líneas de los «Cuadernos de Malte Laurids Bridge», teñidas, como todo lo del poeta alemán, de una melancólica y penetrante agudeza. No recuerdo ahora exactamente las palabras, pero cualquiera que haya leído a Rilke las recordará inmediatamente. Hablaba el poeta de la poesía y decía que para escribir un verso no bastaban la imaginación, ni la sensibilidad, ni los sentimientos. Sentimientos los tiene cualquiera; es la experiencia la que hace al poeta. Haber contemplado albas y crepúsculos, nacimientos y muertes; reconocer, con sólo el tacto, a ciegas, en la noche, en el hueco de un mueble, la ausencia de unos miembros, o en el silencio de una casa abandonada las voces de sus antiguos habitantes; adivinar, rozando apenas la corteza de un arbusto, su edad, la pesadumbre de sus raíces, la ternura de sus hojas. Y no basta el conocer, ni el adivinar. Ni siquiera el recordar. Es necesario, para que la experiencia se cumpla olvidar. Cuando el hombre, más allá del recuerdo y la esperanza, se repliega en sí mismo y lo olvida todo, entregado a esa plenitud ensimismada del abandono, cuando su vida es ya tan suya que no necesita recordarla, porque es como su piel, entonces, de pronto, los recuerdos sepultados, las horas vividas gratuitamente, cedidas al tiempo, y que se creían perdidas para siempre, reaparecen, se levantan en un verso, en una palabra que acumula todo el sabor de la vida, como el fruto tardío recoge en sí todo esplendor y la gracia de la estación que muere.

El fervor que me produjeron las fugaces palabras de Rilke despertó en mí algunas ideas dormidas, nieblas nacidas ¿en qué horas, arrebatadas a la mezquina esclavitud de los días? Esta repentina fertilidad corrobora el poder de la Poesía que, quizá, no sea más que una invisible corriente que nos une y nos lleva a la creación, a la fecundidad. Todo poema es el origen de otro poema—el mismo poema, que nace de nuevo, otra vez inocente, en el pecho de cada lector—; el poema, en ese incansable renacer, se transforma en un gesto, en un luminoso entusiasmo, en un instante de henchido, reconcentrado silencio: el hombre desciende hasta sí mismo y se contempla; y, al contemplarse, es contemplado por su memoria, por el hombre que fué, no ya como recuerdo, ni como esperanza, sino como olvido, como experiencia. Leer es comulgar, sí, pero, sobre todo, es crear, recrear. Recrearse a sí mismo; contemplarse; saberse, sentirse vivo.

Quizás el saber, más que recordar, sea olvidar. La memoria es el recurso desesperado de la vida para escapar de la muerte. Recordar, dicen, es cerrar los ojos, huir al presente, que es muerte. Y, en cierto sentido, ignorar. La memoria, hermana de la esperanza, engendra hijos sutiles, mundos nuevos, que rescata del pasado. Al crear, con el solo calor del recuerdo, un mundo del muerto que vivimos y que nos vivió, el hombre se venga hermosamente de la muerte. Convierte a la muerte en vida; no en estéril añoranza, sino en creación.

La memoria es una de las más poderosas potencias del hombre. Con ella nos hundimos en nosotros mismos y extraemos de nuestras entrañas, como al hijo de las de la madre, al odio y al amor, al deseo y al sueño. La memoria, como la introspección, es un hundirse en sí mismo, un rescatar del fondo de lo acontecido, mundos vivos. Pero mientras la me-

moria es personal y concreta, carnal, la introspección es siempre abstracta. Una sirve para vivir, para inmovilizar lo vivido; la otra es una forma de la ciencia y se alista entre las servidoras del juicio: su fin es el conocimiento, no la perduración.

La memoria, como la imaginación, esa extraña nostalgia del futuro, no es más que una forma de ignorar. Olvidar tampoco es saber; el olvido es la muerte, pero no es saberse en la muerte. Y la vida lo que pide es saberse, sentirse en la muerte, para lograr así la más atroz de las exigencias. «Saber es recordar», dijo el griego, pero recordar más allá del olvido y la memoria, en donde todos los recuerdos y todos los olvidos se juntan. Y este conocimiento total, que es el que busca la vida, acaso se obtenga sólo como experiencia y como poesía.



Rainer María Rilke, visto por M. L. Valentina

Alguien ha aludido a ese estado diciendo:

Allá, llevadme allá,
donde razón, sentidos,
alma, nombre bautismo,
juventud inocente,
se juntan y disuelven para siempre,
en un total olvido,
más vivo que el deseo.

Pero en este olvido, que es, en el fondo, la «experiencia» de que habla Rilke, nada se pierde, ni se muere. Por el contrario, todas las cosas vuelven a su verdad y a su eternidad:

Oh libertad flotante,
oh mar de sonos, formas, resplandores,
viva fuente del ser,
suspendida delicia sin memoria,
olvido que devuelves lo olvidado.

Y, ya al fin de esta divagación, se me ocurre pensar, ¿esta evidencia que nos entrega la poesía no será, tan sólo, la evidencia de los sentidos, que nos hablan con un lenguaje que la razón no entiende, de un mundo incógnito, prohibido por todos los legisladores? Mundo que ya no es el de la embriaguez, sino el del éxtasis.



ESTAS alegres charlotadas que en los terrenos de La Polar nos brindó recientemente el ya popular entre nosotros, Aquilino, célebre torero-saxofonista, o saxofonista-torero, que en ambas artes se luce con brillantez, y conquista los entusiastas aplausos del público, traen a la memoria de los descoloridos que por los años del 87 al 90, 91, etc., andábamos alrededor de los 20, aquellas pintorescas y ruidosas «encerronas»—asi se llamaban—que por entonces se llevaban a cabo en las plazas de toros de la Calzada de la Infanta y del vecino pueblo de Regla, y sobre todo, y eran las más regocijadas, en los terrenos llamados del «Aplech», lugar que la sociedad de Beneficencia Catalana había levantado en los entonces solares yermos situados en la amplia esquina de Zulueta y Neptuno, donde se encuentra al presente instalado el Hotel Plaza, y estuvo antes el DIARIO DE LA MARINA: el «Aplech» venía siendo un «Parque de Diversiones» como los que han existido, y existen hoy, en las afueras de la Habana; pero más «divertido».

En el «Aplech» se celebraban toda clase de fiestas, desde las más culturales, hasta las más populares: bailes de carnaval, retretas, fuegos artificiales, corridas de toros y de sacos, cucanías, carreras de potros y de carretillas, balles infantiles, juegos florales, veladas literarias, opiparas cenas y regocijados almuerzos en fechas memorables, etc., etc. En aquella esquina habanera, que figurará desde ahora en nuestra colección de «Esquinas y Rincones», reinaban la más franca y bulliciosa alegría, la expansión y el buen humor por todo lo alto. De las corridas de toros y encerronas nos quedan las cómicas reseñas que de ellas hizo el ameno cronista de la clase, que se firmaba «Seguidillas», pseudónimo bajo el que se ocultaba aquel simpático y dinámico Pancho Cuesta, dueño de la popular sastrería «El Bazar Inglés», situada en la calle de Aguiar, entre Obispo y Obrapia, e inseparable compañero, además, del poeta eúskaro Faustino Diez Graviño, del actor de Albisu Luis Robillot y de otro cronista taurino y muy popular repórter, el chispeante gaditano Paco Díaz, más conocido por «Paco de Oro», porque en verdad lo era en sus sentimientos y proceder. «Seguidillas» publicaba sus reseñas taurinas en varios periódicos; pero aquellas que se referían a las encerronas del «Aplech», veían especialmente la luz en el ameno semanario bilingüe «L-Almogaver», periódico consagrado a la defensa de los intereses generales de Cataluña, y que redactaban el inolvidable Pedro Giralt—aun no era Don Pedro, sino Perico a secas, aunque siempre

muy culto y muy leído—y el erudito literato barcelonés, Don Gabriel Costa y Noguerras. Giralt, con los años muy respetuoso y comedido, era en aquel entonces un periodista «caliente», que se hizo notar por sus «arremetidas» contra Emilio Bobadilla «Fray-Candil», que se hallaba en los comienzos de su carrera de crítico; contra Clarín, y aun contra el mismo don Ramón de Campoamor. En una de sus crónicas decía «Seguidillas», refiriéndose a la corrida extraordinaria que en dicho «Aplech» se celebró el 5 de diciembre de 1886:

«Se tenían alijados dos bravos toros. Espadas: «Pamplina» y «Cara Sucia». Picadores: «Papillá» y «Pesares». Banderilleros: «Pancho Jutía», «Arrempuja», «Mala Suerte», «Cara Dura» y «Hociquillo». Monos sabios: los de costumbre. Todos del ilustre colegio de limpiabotas.

Después del despejo, la sinfonía y el paseo militar, se oye tocar el cornetín, se abre el toril y sale el primer cornúpeto que vió la luz pública, nombrado «Malas Pulgas», canelo, cejijunto, listón y caído de cuernos. Tomó tres varas de «Papilla» y cuatro de «Pesares», con notable desprestigio de sus respectivas bestias.

«Arrempuja» le colgó un par de aretes que adornaron los costados del toro. «Mala Suerte» quiso hincarle dos que fueron al fin dos revolcones para el diestro. «Cara Dura» puso un par cambiando el paso, y «Hociquillo» dió unos quites que figurarán en la Historia Sagrada.

Tocaron a matar, mas el primer espada se indispuso y dijo que le dolía un callo. El segundo no quiso matar porque dijo que el toro no era de su parroquia.

El segundo toro era negro, bragao, con tarros de tirabuzón, y se llamaba «Solomillo». Salió disparado, como inglés en primer sábado de mes.

Del primer embiste descalabró la montura de «Pesares», y puso en fuga la de «Papilla». A la capa se hizo muy guasón el animalito. El cuerpo de banderilleros dió muchas veces con sus gentiles espaldas contra la arena a los empujes de «Solomillo». El espada se arrepintió, y no quiso matarlo porque estaba presente un miembro de la Sociedad Protectora de Animales.

Desde luego—decimos nosotros—que no se trataría de Miss Ryder, porque ésta aun no había hecho su aparición en nuestros ruedos; y aunque hubiera aparecido, de intentar llevar a efecto su misión benéfica, se habría visto en el caso de retirarse más que a la carrera, en medio de ensordecedores silbidos: no había llegado aun su hora. «Seguidillas» termina su crónica anterior despidiéndose hasta el

próximo día, en que iba a verse, decía, la más brava corrida del globo terráqueo; y que en otro número próximo de «L-Almogaver», describe así:

«A las tres y media en punto un numeroso público aplaudió la salida del alguacil, que salió a la arena montado, no en un airoso caballo, sino en un modestísimo burro. Música, a la cabeza de la cuadrilla iba el mismo Mazzantini en persona, alto, plantado, vestido de oro y grana, siguiéndole «Cuatro Dedos», «Badila» y «Agujeta», de caballería, y seis de nuestros más distinguidos limpiabotas.

Dióse la señal, y salió el primer toro que se llamaba «Camelo», de la ganadería del Tío Camama, berrendo en castaño, cornibeleteo y de muchos pieses.

Tocaron a banderilla, y «Pancho-Jutía» le metió un buen par de frente, y otro al cesgo. Sonó el clarín de matar, y Mazzantini se cuadró con la muleta y el estoque, tiró el calañés, y le brindó el toro a la señorita Carmen Rosado, salerosa rubia que estaba en el palco de la presidencia, quien le arrojó una flor roja, como la «Carmen» de Bizet, a Don José. El matador se dirigió al toro; le dió tres pases naturales, cinco altos, y dos de pecho; uno de pitón a pitón, y con aquella serenidad que Dios le ha dado, se tiró a volapié, y desvalijó al toro de un mete y saca, etc., etc. . . .

Cundía entonces la «afición» entre los limpiabotas, que era un gusto. El base ball no se había aun popularizado lo bastante, y la bohemia del betún bebía los vientos por las estrellas tauromáquicas. Se hizo de moda entre ella la chaquetilla corta, el pantalón ajustado, el peinado de tufos a lo flamenco, y el andar jacarandoso. En la Acera del Louvre se daban en algunas horas, sobre todo en aquellas del mediodía en que se hallaba poco frecuentada, ejercicios de capa y pica, haciendo de Miura uno de los del gremio de más acometividad: en las corridas de cartel se disputaban figurar entre los «monosabios», a los que capitaneaba el popular negro Bembeta, gran puntillero.

Aunque «Seguidillas» no cita en las dos reseñas que quedan extractadas a Mario, merece recordarse aquel pardo limpiabotas que tenía todas las condiciones de un futuro buen torero: piernas, agilidad, valor y gracia; y la experiencia que le faltaba en sus cortos años—tendría apenas 18—la hubiera alcanzado con el tiempo, de haber insistido en su propósito, o de haber encontrado un maestro que lo protegiera. En las corridas del «Aplech» era siempre el héroe que se llevaba los aplausos más nutridos, y los mejores regalos de la concurrencia. Cuando toreaban en la Habana Guerrita, Mazzantini, El Marinero y otros espadas, «le daban conversación».

Viene a cuento con estas reseñas de toros, las andanzas del postalista y su hijo el doctor Villoch, por las calles de Lavapiés de Madrid, una tarde de junio, buscando entre los toreros que allí vivían un «capote de brega», para comprarlo y regalárselo, como presente de viaje, a nuestro regreso a la Habana, al «aficionado» doctor Benigno Fernández, por aquel entonces uno de los animadores más entusiastas de las alegres novilladas que, a espaldas de Miss Ryder, se verificaban en el inolvidable ruedo de «Los Zapotes». Nada más pintoresco que la tal excursión por aquel barrio de émulos de Cúchares y Lagartijo. Visitamos varios «torerillos y torerazos» de aquella época en que brillaban, como estrellas de primera magnitud, El Chicuelo, Lalandia, Villalta, etc., y era chistoso oírles a algunas de aquellas de séptimo orden, la historia de los capotes que nos mostraban en venta; y que no lo daban por menos de «cincuenta duros».

—Porque, mire el ceñor: este capote que ve aquí . . .

Y allá iba la interesante y gloriosa historia del capote, uno de los que al fin le compramos en «veinte y cinco pesetas», a un viejo torero ya retirado, conocido por «El Rolo». Si nuestro hijo, su compañero de profesión y afición, le hubiera traído de regalo a Don Benigno, la propia espada del Cid, aquél no lo hubiera agradecido quizás tanto como el viejo capote de brega, con sus rasgones y manchas de sangre, que el «Rolo» había lucido en su edad gloriosa, en los principales ruedos de España; y últimamente, ya en su ocaso, en las empalizadas de Tetuán y de Vallecas. Seguro que Don

HAY muchas maneras de llegar a la fama que en los Estados Unidos es tanto como llegar también a la fortuna. Orson Welles, una especie de enciclopedia viviente—todo lo sabe hacer—llegó a la celebridad por la ruta del planeta Marte.

No queremos decir que Welles, anticipándose a los demás hombres de su época, fuera el primer ser humano que pusiera sus plantas en el mundo que nos revelara la fantasía prodigiosa de Julio Verne. Pero lo que hizo el joven norteamericano fue algo todavía más sensacional: trasladar al mundo, a sus propios Estados Unidos, todo un ejército marciano provisto de armas tan superiores a las nuestras, esas que están devastando a la vieja Europa, que el luchar contra ellas hubiera sido una empresa tan pueril como el que los daneses se hubieran opuesto a la invasión de su territorio por las poderosas legiones de Hitler.

La epopeya ocurrió «un domingo en la tarde», como en la gesta del novillero de la canción de Lara. Los pacíficos neoyorquinos retornaban a sus casas después de haber dedicado la jornada a las sencillas y honestas expansiones del día de asueto, cuando de la radio comenzó a surgir una voz emocionada que iba relatando, con verismo escalofriante, la invasión del estado de New Jersey por los guerreros del planeta Marte, dominadores del rayo de la muerte. Ante ellos los esfuerzos de los soldados yanquis, de los miembros de la Guardia Nacional del estado newjersino, resultaban fútiles. Las huestes mortíferas, tras de vencer a la oposición con la misma facilidad con que un ave se engulle una mosca, se habían puesto en movimiento dispuestos a conquistar, aquella misma noche, la gran metrópoli de Nueva York.

CUANDO UN EJERCITO PROCEDENTE DE MARTE ATERRIZO EN NEW JERSEY

Los sencillos ciudadanos escucharon aquel relato fantástico primero con asombro y luego con horror. Y muchos de ellos, despavoridos, se echaron a la calle dispuestos a abandonar la gran ciudad sin pérdida de tiempo. Hubo madres que se desmayaron al aquilatar el peligro que confrontaban sus inocentes hijitos. Y las estaciones de policía y otros centros gubernamentales, comenzaron a recibir un aluvión de súplicas de auxilio.

Había ocurrido, sencillamente, que el joven Orson Welles, tomando como base la conocida obra del autor inglés H. G. Wells titulada «La lucha de los mundos», había dejado correr también su fantasía adoptando uno de sus capítulos más truculentos a su programa de radio, estableciendo cierta zona de New Jersey para el arribo de los marcianos. Antes de que se iniciara la gesta, el locutor había anunciado que se trataba solamente de una broma, de una fantasía de Welles que no debía ser tomada en serio. Pero los que sintonizaron sus radios después de que había sido iniciado el programa, encontraron el relato de Welles tan

Benigno, picado de la propia mosca taurina, le habrá dicho a sus colegas de los Zapotes, Fernando y Pepín Rivero—Don Fernando era de los más entusiastas—, Andrés Mirabal, Pelayo Iglesias, Giraudier, Fernando Campa, Caracas, etc., mostrándoles en su museo taurino el capote del «Rolo»:

—Miren ustedes señores; este capote que ven aquí...

Y puede que haya dejado detrás en «hipérboles» al propio viejo torero del cuento; porque hay cosas que el arte las dá de «sigo», que diría «el Sol de Triana», vulgarmente conocido por Belmonte.

Alguna que otra tarde hicimos de concurrencia en aquellas corridas de Los Zapotes, en las que no siempre la tenía uno consigo, esperando ser llevado al próximo precinto por barrenador de las leyes. Se esperaba la llegada de Miss Ryder, como la llegada del coco, apoyadas las manos cada torero sobre la valla del ruedo, para saltarla en el instante preciso y emprender la huida. Cuando aparecía la «protectora de animales», tocada con su pamelita del año 40, había sus discusiones más o menos acaloradas; pero a pesar de todas las

LA CARRERA

METEORICA DEL HOMBRE QUE HIZO UN EJERCITO MARCIANO EN LOS ESTADOS UNIDOS



Orson Welles, el genial locutor que causó un pánico en los Estados Unidos al hacerles creer a las gentes sencillas que había aterrizado en New Jersey un ejército marciano, acaba de recibir una tarjeta de oro por haber sido el individuo que más viajó en avión el año 1939. Welles va a hacer una película con argumento, diálogo, dirección e interpretación propios.

Orson Welles, ahora célebre, fué el ciudadano que más viajó por avión en 1939—en todas partes lo querían ver—y ha sido contratado para hacer una película cuyo argumento, diálogo, dirección e interpretación principal serán propios.

emocionadamente verídico, que dieron por desconocida la trágica visita de los habitantes de Marte.

UNA PELICULA EN LA QUE ORSON WELLES LO SERA TODO

Las protestas cayeron sobre la estación de radio que perifoneó la epopeya marciana en forma de diluvio. Y las autoridades tomaron cartas en el asunto para evitar que los ciudadanos sencillos sufrieran en el futuro otro susto semejante al que les proporcionó Welles. Pero no habrá que decir que la fama de éste se elevó hasta las mismas nubes. Esa fama, naturalmente, es la que le ha permitido ahora ganar una tarjeta de oro que lo proclama el ciudadano que más viajó por el aire, en los Estados Unidos, en el año de 1939 (311.425 millas).

Porque aunque Welles no tratara de acercarse al planeta que tanta fama le diera, es lo cierto que para acudir a todos los lugares donde «se le quería ver» tuvo que usar, exclusivamente, el medio rápido de la navegación aérea. Las gentes, na-

turalmente, tenían prisa por echarse a la cara al hombre genial que había propiciado la visita de los marcianos al nuevo continente.

Entre las profesiones que cultiva Orson Welles, todas ellas con éxito creciente a partir «del domingo en la tarde», se cuentan la de actor, autor productor o director artístico de espectáculos y, naturalmente, fenómeno de la radio. El espaldarazo de su fama se lo acaba de dar Hollywood, la Meca del cine, al encargarle la confección de una película en la que Welles lo será todo: argumentista, dialogador, director y protagonista. Será la primera vez en toda la historia del cinematógrafo que haya ocurrido nada parecido. Hasta ahora el público había conocido solamente a los directores-actores, y eso en contados casos.

Welles, que hasta hace poco había venido usando una artística barba como medio de distinguirse entre el montón de los competidores, ahora ha renunciado a ese apéndice capilar que ya no le sirve para nada...

arrogancias y las encendidas protestas de los aficionados, había que tocar retirada y conformarse con las «Impresiones», sobre el caso, que al día siguiente escribiría «Pepín» en la MARINA. Pocos seres hemos visto cumplir su cometido con el tesón y la firmeza que lo hacía aquella piadosa Miss Ryder, a cuyo recuerdo acude todos los años un gran número de personas a rendirle un tributo de su admiración y cariño, en el Cementerio de Colón, donde reposan sus restos.

Un recuerdo para aquel joven criollo, Juanito Fernández Laredo, que reveló en Los Zapotes sus excepcionales condiciones taumáticas, que marchó a España para alternar con los grandes, y que al poco tiempo, después de lucirse en algunas de aquellas Plazas, y de sufrir una cogida de cuidado, regresó a la Habana, no muy seguro del cerebro acabando al fin—«una mala tarde»—por suicidarse.

Hemos titulado esta postal, «Toros y Cañas», por que las de manzanilla corrían en aquellas encerronas como el agua de Vento, que corría entonces al igual de un desbordado torrente. Don Felipe González, propietario que era del gran hotel y res-

taurant Inglaterra, había recibido de sus amigos de España—1896—una remesa de barricas de manzanilla; y no saliendo de ella con la prontitud que deseara, se le ocurrió embotellarla y bautizarla con el nombre del por aquella época popularísimo actor cómico «Pirolo»—José López—que a la sazón trabajaba con su hermano Regino en la primitiva «Alhambra», conocida por la «Barraca». Las botellas de manzanilla, llevando en su vientre la etiqueta con el retrato de dicho actor, se distribuyeron por toda la Habana en número fabuloso; y no tardaron en agotarse. Bebió «Manzanilla Pirolo» hasta el gato; y se hizo la bebida de ritual en las encerronas de Pubillones—entonces ya no existía el «Aplech»—y en las famosas corridas de Mazzantini y el Guerra. Unos decían que era excelente; otro que sabía a rayos; en aquella fecha a nosotros todo nos sabía a gloria; pero es lo cierto que botella a botella, y caña a caña, Don Felipe salió de la última barrica de su manzanilla, cobijada por la fama indiscutible del popularísimo Pirolo.

No en balde se dice que la bandera cubre la mercancía.

GANGSTERS Y POLICIAS

EL MUERTO QUE MATA

En la clase de hoy—dice a sus alumnos de la Escuela de Policía el célebre mister Dermott—vamos a estudiar las ventajas del dactilograma sobre la ficha antropométrica en la identificación de criminales. El primer sistema, el «bertillonaje», precisa para su realización eficaz múltiples aparatos costosos, personal especializado y mucho tiempo para comprobar las diez y ocho medidas diferentes que integran una ficha. Además, sólo es utilizable en los criminales adultos, y está expuesto a errores, ya que los delincuentes recurren a todo, a veces hasta a dolorosas operaciones que los disfiguran, con tal de despistar la labor de los gabinetes de identificación. El dactilograma, en cambio, tiene estas ventajas: primera, todos son diferentes en absoluto; segunda, la forma de la impresión dactilar es inmutable desde los seis meses de vida hasta la disgregación de la piel después de la muerte; tercera, las huellas son perennes; aun en los casos de traumatismo y quemaduras, después de la curación vuelven a tomar la forma primitiva. El sistema es barato y sencillo. Bastan una hoja de papel, tinta de imprenta, un rodillo y una hoja de lata para extender la tinta. Con un buen archivo de dactilogramas y un laboratorio fisicoquímico y fotográfico se consigue la identificación de un malhechor en unos minutos, en cuanto deje la huella más insignificante. Cuando éstas no son perceptibles a simple vista, se les da consistencia visual con tinta engomada, con plumbagina o con vapores de yodo. No hay nadie capaz de falsificar una huella dactilar. No hay dos dedos iguales. Es infalible el sistema... Y, sin embargo—continúa el profesor de detectives—, una vez toda la policía «de calle» llegó a dudar de la infalibilidad del dactilograma: Scalise, el gangster inventor del «apretón de manos»...

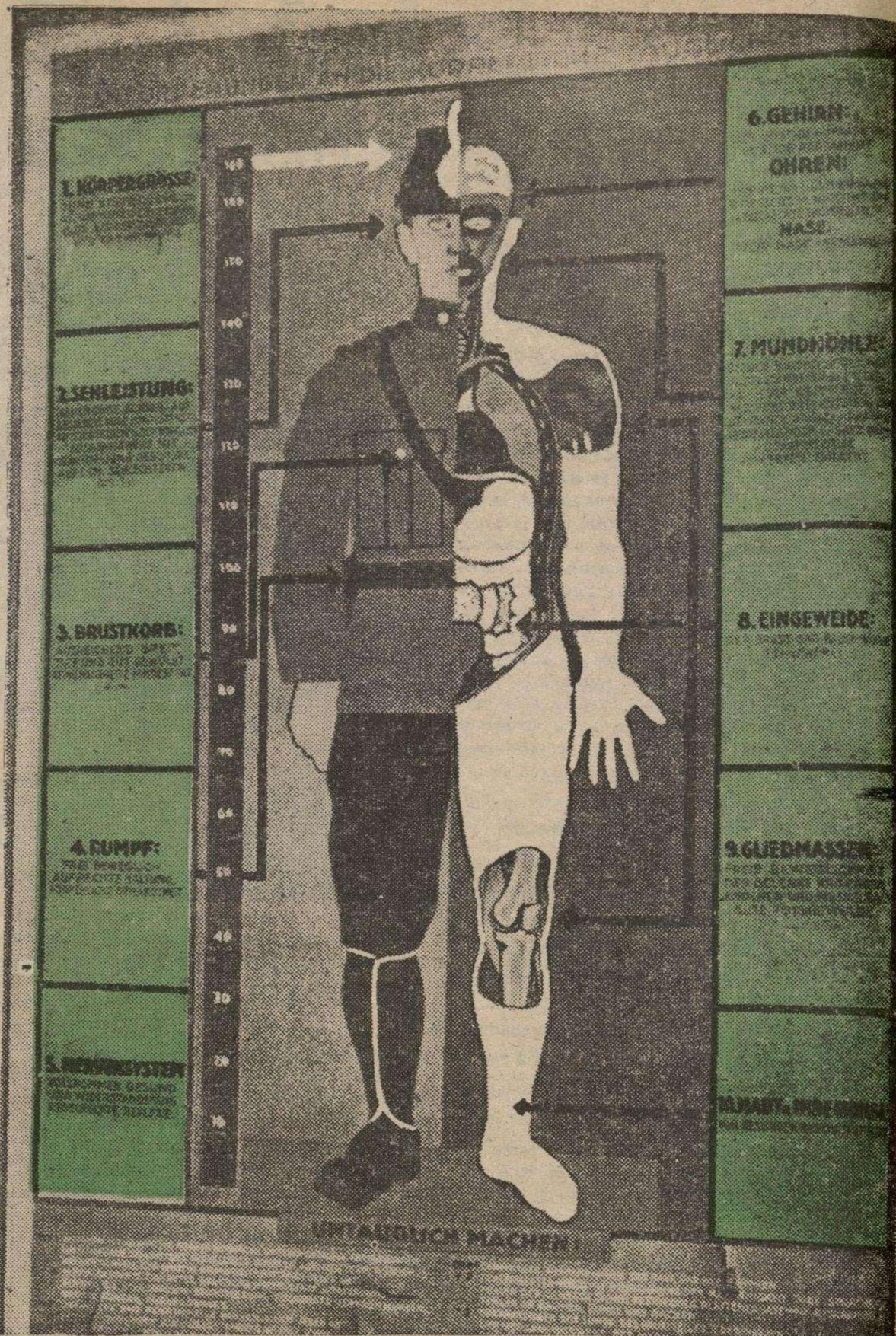
—¿Quiere usted explicarnos el «apretón de manos»?—requirió un alumno.

—Muy sencillo y muy canalla. Scalise operaba de acuerdo con Albert Anselmi. Cuando trataba de eliminar a un gangster contrario por orden de sus jefes, Scalise se acercaba a la víctima, le estrechaba fuertemente la mano, fingiendo un saludo, pero, en realidad, para que no pudiese defenderse, y, mientras, su consorte le pistoleaba a placer. Nadie se estremeció. El policía he de tener el corazón insensible a la emoción. La vista del linco, el olfato del perro, la velocidad del gamo, el oído del jabalí, la resistencia del camello, inquebrantable amor a la profesión...

—Scalise había caído acribillado a balazos una noche de hi-jacking. El hi-jacking ya saben ustedes que era el asalto a un convoy de bebidas de contrabando realizado por una banda contraria a la que hace el alijo... Pero Scalise, muerto, siguió actuando. Una noche, en el Gran Café Colorme, en el 2188 de la avenida South Wabash, cayeron muertos tres individuos de la bande de Genina. Los había matado no se sabía quién... En la mesa más próxima cenaba solo el doctor Weis gran cirujano y auxiliar clínico, a veces, de los servicios de Policía. No había visto nada. Fracasaron todas las investigaciones.

Y en un vaso y en frutero, precisamente los que había en la mesa en que cenaba el Dr. Weis, se encontraron huellas. Y cuando, ansiosos, esperábamos una pista, algún dato, el jefe de los laboratorios de investigación dió el siguiente dictamen:

«Las huellas dactilares que tienen el vaso y el frutero corresponden exactamente al dactilograma



Las condiciones del perfecto policía: primera, 1,68 de altura; segunda, vista excelente y segura; tercera, pecho amplio, capacidad torácica con aumento de seis centímetros en la respiración forzada; cuarta, cintura flexible y ágil; quinta, sistema nervioso sano, con todos los reflejos regulares; sexta, capacidad espiritual, rápida asimilación de las ideas, intuición, deducción, oído fino para percibir hasta las murmuraciones, respiración nasal perfecta; séptima, boca sana, dientes limpios; como excepción se tolerarán los postizos montados libremente; facilidad de palabra sin defectos de pronunciación; octava, buen funcionamiento de todo el aparato digestivo; novena, libre juego en las articulaciones, huesos fuertes, músculos duros, y décima, piel limpia de toda enfermedad. (Modelo prusiano, utilizado en algunas escuelas de Policía norteamericanas).

de Scalise...»

—Pero si cayó acribillado a balazos hace tres meses.

—Yo he visto a Weis hacer la autopsia y asistí al entierro, en homenaje al valiente.

—No admito discusiones—replicó, molesto, el jefe—. Las huellas son de Scalise. No hay dos improntas digitales idénticas en los cientos de millones de habitantes que hay en el mundo.

—Scalise es el muerto que mata. Alguien dudó de Weis. Inútil. La impronta del cirujano era totalmente distinta a la encontrada.

Los crímenes se sucedían. Y un día, en la culata de una pistola ametralladora; otro, en el mango de un cuchillo ensangrentado; en el volante de un automóvil abandonado a la puerta de la casa del cirujano Weis, la huella de Scalise seguía moviéndose de nosotros. El «muerto» mataba... Hasta

que un día... Mister Stinson, el millonario, recibió una anónimo exigiéndole veinte billetes «de los grandes» (mil dólares). Debía ir él a depositarlos al lado de la boca de una alcantarilla de la calle 22. En el reverso del sobre, en el engomado, una huella: ¡¡la de Scalise!!

Se destacaron los nombres más arriesgados. ¡Quién sabe si habría que luchar con la muerte!... Fueron tomadas las afluentes de las alcantarillas. Cuatro hombres decididos, pistola en mano, aguzaban la vista en la obscuridad de la alcantarilla. A la hora señalada, un rumor casi inaudible indicó que alguien se deslizaba por el pozo.

—¡Alto! ¡Alto a la Policía federal! Un rugido de fiera. Ruido de hombres que caen al agua. En medio de la alcantarilla luchan desesperadamente el policía Bill Darson y «el muerto que mata». Nuestro camarada ahogó al criminal. Enfocamos



Cuando los «gangsters» no podían penetrar en las casas donde intentaban realizar sus fechorías, se disimulaban en las grandes cajas de envases, como se muestra en esta foto.



En busca de una pista. La posición en que fué hallado el cadáver, la dirección de unas huellas... todo se estudia; el detalle más insignificante puede dar la clave para descubrir un crimen por el método deductivo.

... las linternas y... fué inevitable un grito: el asesino misterioso era Weis, el cirujano de la Policía. De su diestra colgaba un pingajo: un guante de piel humana. La piel de la mano derecha de Scalise, convertida en guante siniestro.

Weis, espía de Al Capone, robó la mano derecha de Scalise, y por procedimientos quirúrgicos y químicos había arrancado la piel, y con ella se procuró un «bill de impunidad» para sus fechorías. En el bolsillo del gangster-doctor había una intensiva, al parecer, pluma estilográfica, que era una mortífera pistola...

El relato emociona a todos, alumnos y profesor, más a éste, porque es un recuerdo de su vida profesional, un triunfo...

—Basta, por hoy, de clase...

EL «RACKET»

Como trofeos de guerra se guardan en el museo del Crimen, de Nueva York, anejo a la Escuela de Policía, las variadas armas que utilizan los bandoleros modernos. Pasan de mano en mano y despiertan la admiración de los futuros detectives la pistola ametralladora (recuerdo de uno de los hermanos Benna), el bastón con estoque enfundado de bacterias; la ya citada «estilográfica» del doctor Weis, un revólver-cuchillo, la herramienta del racketeer de automóvil...

El racket nació en Chicago, cuando la competencia entre las bandas de gangsters disminuyó los ingresos por contrabando de bebidas. Eran unas sociedades «protectoras», con sus estatutos, sus listas de socios cotizantes y su correspondiente plantilla de «personal».

La idea del racket fué de un viejo profesional del robo, madurada en catorce años de presidio. Big Tim Murphy se la vendió a Al Capone por mil dólares.

El gangster obtuvo de ella millones. Verán ustedes en qué forma.

El primer racket constituido fué la Sociedad Protectora de los Comercios de Alimentación. Actuaba de la siguiente forma: a hora mañanera, cuando la afluencia de compradores era más escasa, se presentaban en una tienda de comestibles dos individuos bien vestidos, fuertes, y con una caja similar a los muestrarios de los viajantes de comercio. El dueño solía poner cara feroz a los visitantes:

—¿Qué desean ustedes? Tengo de todo. Estoy artido.

—¿Se hace usted socio o no?

—¿Socio? ¿De qué? Yo pertenezco a mi Trust y no quiero más sociedades.

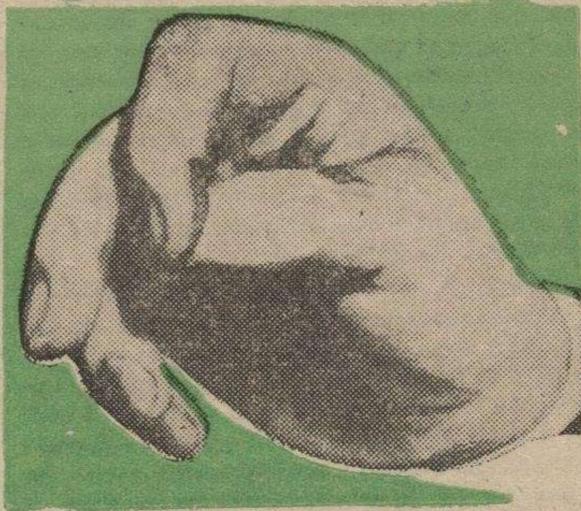
—¿No conoce usted la Protectora de los Comercios de Alimentación?—preguntaban ya en tono desafiante y enseñando las pistolas

—No, no, señor. ¿Para qué sirve? Sean amables y hagan el favor de explicármelo.

—Se ha fundado una sociedad para proteger a ustedes y evitarles que nadie abra una nueva tienda cerca de la suya. Así podrá continuar vendiendo azúcar con margarina, conservas podridas, embutidos de perro y todo ello, claro, con el robo natural en el peso y el precio a que le convenga. No toleraremos que se establezcan competidores.

—En mi casa todo es de legítima marca—protesta suavemente el tendero—. Doy el peso legal.

—Sí, sí. Y, además, sirve la Sociedad para avitar que le rompan una botella en la cabeza—ataja el gangster, al tiempo que coge cualquiera de las que hay al alcance de su mano y la rompe encima del tendero.



La mano de Dillinger.

Cuando el tendero se repone agrega el gangster:

—Mañana vendrá nuestro recaudador. Son doscientos cincuenta dólares de entrada y cincuenta de cuota semanal. Excusamos decir a usted que esto es lo que más le conviene. Si intenta avisar a la Policía, horas después irá usted al otro mundo a seguir despachando mercancías averiadas. Tenemos—ya lo ha visto—unos bonitos silenciadores ametralladoras.

La despedida era generalmente la rotura de alguna vitrina o el derrumbamiento de esos pintorescas torres que construye el genio artístico de los tenderos con las latas de pimientos.

El efecto era inmediato. Aquel hombre era un socio seguro de la Protectora de los Comercios de Alimentación. Si rara avis, tenía la malhadada ocurrencia de avisar a la Policía, el aviso llegaba a los gangsters un cuarto de hora después. Y antes de transcurrir la hora, el tendero, quedaba acribillado por cualquiera de los «socios activos». En el otro caso, ¡pobre del que intentase abrir un establecimiento en el radio conferido a

un socio de la Protectora!, era advertido «carifiosamente» de la imposibilidad de desarrollar el negocio. Pero si se resistía a la advertencia, le dejaban hacer todos los gastos de instalación. Y precisamente, el día de apertura, a la hora de más venta, dos mujeres, pretextando que les robaban en el peso o que los productos eran de calidad ínfima, armaban un escándalo imponente. Llegaban sus «maridos» con unos «amigos», y las latas de conserva, los embutidos, los tarros, todo volaba haciendo trizas las lunas y escapartes. Cuando calculaban próxima la llegada de la Policía el jefe ponía fin a la razzia.

—Esto se ha acabado. La tienda se cierra por defunción del dueño. Y sacando la pistola dejaba al infeliz tendido sobre su mostrador. El racket fué un suceso magnífico para la caja de los gangsters. La idea de Murphy adquirió un desarrollo imponente: cafés cines, sastres, etcétera, fundaron inmediatamente sus «protectoras» y los comerciantes se colocaron bajo el control de los gangsters.

Hasta los dueños de garajes se afiliaron al racket. En la población de Chicago abundan, como en casi toda Norteamérica, los automóviles particulares. Pero los dueños los dejaban en las puertas de sus casas o en los jardines. Pues bien, durante una semana los neumáticos de todos los coches que andaban en la calle aparecieron rotos a navajazos...

Días después de iniciados los trabajos del racket, los garajes estaban llenos. No cabía un solo coche. ¡Buen negocio!

En la aventura murieron cinco pacíficos ciudadanos que quisieron defender sus coches. Los racketeers crearon un arma: el revólver-cuchillo con el que apuñalaban los neumáticos y disparaban sobre el dueño del coche si hacía falta.

Lo mismo ocurrió con los cines, donde, gracias al racket, los empresarios pequeños triunfaron sobre el trusto de los cines de lujo.

El negocio tuvo sus quiebras: pronto se crearon bandas de racketeers rivales que disputaban a tiros la protección de determinadas industrias.

¡POR FIN CAYO DILLINGER!

La noticia fué una bomba en la Escuela.

—¿Quién lo ha descubierto? ¿Cómo ha sido?

—Una traición. Su amiga, Rita Keele (la Dama Roja), la terrible tiradora de ametralladora, que tantas veces luchó con Dillinger contra la Policía, despechada por los celos, avisó a Melvin Purvis, el jefe de la División de Justicia de Chicago, que Dillinger estaba en el Biograph con ella y una amiga viendo una película. Purvis preparó todo con sigilo, y cuando Dillinger salía del cinema, le entraron tres balas seguidas por la espalda. No pudo ni defenderse.

—A pesar de todo, creo que Dillinger, el «ene-



Stradivario, joven, cuando aun trabajaba en el taller de su maestro Amati.

Stradivario trabajando en su atelier, según una estampa del Siglo XIX.

UN GRAN ARTISTA INCOMPRENDIDO. — CREMONA, LA PATRIA ADOPTIVA DEL GRAN STRADIVARIO.—LOS FANTASTICOS PRECIOS DE SUS VIOLINES. — LA VERDAD ACERCA DEL MISTERIO QUE ENVUELVE EL BARNIZ DE LAS FAMOSAS CAJAS DE MUSICA

STRADIVARIUS o Stradivario, el creador de los famosos violines, tuvo una vida que se deslizo sin gloria. La fama y la inmortalidad fueron avaras con él hasta mucho tiempo después de su muerte. Sus contemporáneos le regatearon el homenaje indiscutible que merecía, y aunque sus sucesores le reconocieron cierto mérito a sus cajas de música, no es hasta principios de este siglo que los afanosamente buscados violines adquirieron precios prohibitivos.

Cremona no fué su ciudad natal, pero en ella trabajó Stradivario desde que tuvo catorce años hasta pocos días antes de su muerte, ocurrida cuando casi contaba noventa y cinco años. Como no se sabe el sitio exacto de su nacimiento, es la pequeña ciudad de Cremona la que tiene el orgullo de haber cobijado a Stradivario. Al menos, fué en ella donde vivió y trabajó toda su vida. Es, pues, su hijo adoptivo. Por eso, hace unos tres años, se celebraron en Cremona grandes festejos para conmemorar el segundo centenario de la muerte del imitable constructor. La Italia pujante de Benito Mussolini rindió homenaje a la memoria de un hombre que le ha cabido el privilegio de escalar altitudes en su profesión que no han podido ser alcanzadas jamás ni por sus predecesores ni por sus continuadores. El genio de Stradivario no ha sido superado, ni siquiera igualado. Por eso hoy en día son sus extraordinarios violines las joyas más preciadas en el reino de la música. Poseer un Stradivario, además de lo que económicamente significa, es motivo de legítima satisfacción para su propietario.

Stradivario, gracias a su larga vida, dejó una profusa colección de instrumentos. Su mayor dedicación y sus mejores éxitos se deben a la construcción de violines. Sin embargo, muchos violoncelos se encuentran aun en el mundo mostrando

en su interior la codiciada «S» en pergamino. Se calcula que fueron unos mil quinientos treinta y seis los violines que salieron del «atelier» del gran artista. En la actualidad se cree que existen todavía unos seiscientos instrumentos, conservados avaramente.

Los violines que construía Stradivario los vendía entre trescientos cincuenta y mil francos de aquella época. Después de su muerte adquirieron un mayor valor, aunque sin proporción con los fantásticos guarismos que alcanzaron a principios de siglo. Durante el transcurso de todo el 1800, un stradivario costaba alrededor de veinte mil francos. Ello no obstante, el Betts, considerado como uno de los más perfectos, fué vendido en 1825 por la suma increíble de 26 francos al «luthier» londinense Betts, del cual lleva el nombre actualmente. Pocos años más tarde, John Bone se lo compró a Betts por unos 12.500 francos y fué adquirido en 1891 por Hill en la suma de treinta y seis mil francos.

Es a Hill a quien se deben los precios fantásticos de estos instrumentos. A principios de siglo publicó una obra muy completa y documentada sobre Stradivario, que trajo como consecuencia una búsqueda intensa de los violines del mago de Cremona, que lograron verdaderos precios de excepción. Trescientos mil francos era el valor normal de un stradivario en los años 1927 y 1929. Algunos violines se evalúan en medio millón de francos. Pero la crisis que empezó a azotar al mundo hace algunos años, no dejó de atacar también a los tradicionales instrumentos que, bajo la presión del malestar económico, han reducido su precio «standard» en dos terceras partes.

Sin embargo, algunos ejemplares excepcionales no se cotizan a este precio general. Ellos son las verdaderas joyas que salieron del taller de Stradivario y su valor es difícil de fijar. Los más valiosos y los más conocidos son la Pucelle, el Parke y el notable Boissier que perteneció al inmenso Sarassate. Este violín cayó en manos dignas de su prosapia. El Boissier y Sarassate se armonizaron como dos dioses en los sublimes reinos de la música. Pero los dos stradivarios que se disputan la supremacía y que no han logrado poner de acuerdo a los peritos en la materia, son el Toscan y el Alard. El primero se considera como el más acabado trabajo de «lutherie» que jamás haya existido, mientras que el segundo es calificado por los técnicos como el más perfecto de la producción de Stradivario. Sus precios, desde luego, quedan



Uno de los famosos violines stradivario.

fuera de toda posibilidad de apreciación comercial. Su valor escapa a la órbita mercantilizada de la codicia de los mercaderes. Para estos instrumentos capaces de arrancar las más puras melodías, no existe número de monedas que pueda justipreciarlos. Son los inalienables derechos de las verdaderas maravillas.

Stradivario fué un consagrado en el difícil arte de construir violines. Superó con mucho la técnica de su maestro Amati, en cuyo taller cooperó desde los catorce años. Amati fué otro genio de la «lutherie», constructor a la moda de su época en su elegante taller que nos lleva al recuerdo del «atelier» de un Rubens o al de un gran pintor florentino o flamenco. La ciencia de Amati se

(Continúa en la página 23)

migo público número 1» de Chicago, merecía otra muerte más heroica, en lucha. Era un artista en actividades perseguidas por la ley...

Los comentarios se sucedían entre los alumnos de la Escuela. Era como un homenaje póstumo a un gran bandido...

Se calculaban a la banda de Dillinger los siguientes ingresos anuales: por bebidas, diez y seis millones de dólares; racket, cinco millones; casas prohibidas y juego, veinte millones; otros «negocios», once millones.

—Bueno. ¿Y la Dama Roja? ¿Qué dice? ¿Está triste o satisfecha de su traición?

—Llora. «Yo no quería que me lo mataran», dice.

Parece que se había enfriado un poco su pasión. Pero al verle enamorado de otra sintió celos. Dillinger quería casarse legalmente con la hija de un mayoral de su granja de Mooresville (Indiana). Para alejarle de su rival, Rita Keele logró convencer a Dillinger de que fuese «a dar una vuelta» por Chicago y pasase con ella unos días, los últimos, como despedida de soltero.

—No me dejes, John—le insinuó—. Volvamos a querernos como antes. A luchar juntos contra tus enemigos.

—No puede ser. Estoy cansado. Además, quiero empezar una nueva vida, ser otro hombre—replicó crudamente el gangster.

—Fijaté bien en lo que haces—amenazó la Dama

Roja—. Tú no puedes ser más que para mí. Tenemos muchas cuentas que saldar.

—No te enfades. ¡Vaya! Para contentarte te voy a llevar esta noche al Biograph, en la avenida de Lincoln. Ponen El melodrama de Manhattan las hazañas de un gangster que termina en la silla eléctrica. A la salida iremos con Baby Face y Norma a tomar una botella.

—¡Como quieras! Siempre como tú quieras—aceptó taimada.

«Inmediatamente—sigue Doy, el detective—, Keele, la Dama Roja, avisó a Purvis. Quince mil dólares le valió la confidencia... Y nada más... El resto ya lo saben ustedes...»

SEGUIENDO el itinerario de Guillermo de Luzuriaga en su libro inédito «Maravillas del mundo subterráneo de México, podemos detenernos en Pénjamo, del Estado de Guanajuato y visitar varias grutas que están entre las cordilleras de San Gregorio y los Remedios, una de las cuales fué utilizada como cuartel general por el terrible insurgente Padre José Antonio Torres, habiendo otra que tradicionalmente no se más que el «macabro depósito para guardas las cabezas de los oficiales realistas que caían en manos de la facción capitaneada por dicho sacerdote».

En el mismo Estado hay la que se llama «Cueva de Albino García», que también fué teatro de episodios curiosos durante la insurrección de 1810, pues en ella se refugió el famoso guerrillero, logrando varias veces, al ocultarse en ella, salvarse de las persecuciones de los soldados realistas». Se dice que García dejó allí una cuantiosa «conducta» de barras de oro y plata que logró arrebatarse a los españoles; tesoro que fué afanosamente buscado sin que pudiera encontrarse hasta la fecha.

Cacahuamilpa es algo incomparable.

De todas las grutas que hay en América, seguramente que las de Cacahuamilpa, en el Estado de Guerrero, son las que tienen más notoriedad en el mundo. He aquí lo que escribe Luzuriaga respecto al origen de ella: «Se dice que hasta el año de 1833 se descubrió la existencia de estas grutas y la mayoría de los escritores así lo aseguran, porque es la fecha más remota que ha sido citada al hablar del lugar; pero nosotros hemos hallado un folleto manuscrito, hecho por un sacerdote que ofició por los años 1789-93 en San Mateo Ixtla, pueblo antiguo inmediato a Puente de Ixtla, y allí se habla de «una muy antigua relación de las cosas muy maravillosas que se miran en unas enormes cuevas no muy lejos de aquí», y se refiere textualmente que «un cacique de una tribu que existió mucho tiempo antes de la Conquista de don Hernán Cortés, en las cercanías de Tetipac, quien (el tal cacique), habiendo sido destronado, después de vagar por las montañas en busca de un asilo seguro, dió con esas cavernas, y maravillado de todo aquello que veía, pensó aprovecharla recurriendo a una estratagema para recuperar el trono. Tenía el cacique una hija que nadie conocía, y firme en su propósito, la amaestró para presentarla a su pueblo como una divinidad; y fué a visitar a un anciano que le quedaba fiel y lo trajo consigo, seduciéndolo luego con aquella aparición. El viejo, a su vez, regresó a la tribu refiriendo asustado cuanto había presenciado en el interior de las cuevas y seguido de otros viejos indios y mucha gente plebeya, llegó de nuevo con ellos a las cavernas, penetrando hasta una en que estaba la divinidad (su hija), sobre una pirámide en el centro, y al verlos entrar alzó la voz y amenazó a todos con arrasar la comarca con el fuego de los infiernos si no «pedían perdón y no devolvían el mando a su príncipe...»

Hay también otra leyenda que Luzuriaga relata por muy curiosa y es la que dió a conocer el director de una expedición a las famosas grutas, en 1845, quien contó que «durante tres días, sucesivamente, fué oído aullar y visto un perro en la plaza de de Cacahuamilpa, de donde lo corrieron los vecinos, creyéndolo rabioso. A los pocos meses tuvo lugar otra excursión y en el salón llamado del volcán, se halló un esqueleto humano teniendo a sus pies otro de la raza canina que supusieron perteneció al perro visto en el pueblo. Súpose por parte de la autoridad que el esqueleto humano era el de un inglés quien, sin duda, penetró en las cavernas y se perdió en ellas, falleciendo de inedia».

Carlota Amalia tuvo presentimiento.

Han sido numerosas las personalidades que han visitado las grutas de Cacahuamilpa, entre ellas

LEYENDAS y esplendores del México subterráneo

La cueva del terrible Albino García. Debajo de las de Cacahuamilpa hay otras grutas estupendas. Un caso auténtico de telepatía. El tesoro escondido de Agustín Lorenzo. El subsuelo fabuloso será un día explotado

por ANGEL SOL

el Barón Alejandro de Humboldt, el ex presidente Comonfort, la célebre Marquesa Calderón de la Barca (autora de «La vida en México», considerado el mejor libro que sobre nuestro país se escribió en el siglo XIX), el general López de Santa-Anna, el general Porfirio Díaz, el general Escobedo, el presidente Lerdo de Tejada, don Guillermo Prieto, don Manuel Orozco y Berra y muchísimos viajeros de primer orden.

Carlota Amalia, la esposa de Maximiliano, es natural que no podía faltar entre esos viajeros. A propósito de su visita refiere Luzuriaga que llegó hasta la galería que lleva su nombre «tomó asiento en una piedra para poder contemplar el vasto y magnífico espectáculo; y descansada un poco de la fatiga de la visita, pretendió seguir hasta el Salón de los Organos, mas de pronto sintió súbita turbación «como una inquietud secreta que no logró dominar y la hizo prescindir de su propósito... y regresó—según se refiere, con bastante rapidez. Era que la aguardaba una irreparable pérdida: al salir de las cavernas, un correo anunció a la desdichada princesa la muerte de su muy amado padre Leopoldo I, rey de los belgas».

Según Luzuriaga la altura de las bóvedas varía entre los 40 y los 100 metros y la extensión longitudinal, en 3 kilómetros, en lo que se refiere a la parte que ha sido explorada.

Abajo de las Grutas de Cacahuamilpa se encuentran las que forman el cauce del río Amacuzza, que tienen 30 kilómetros de largo y se extienden abajo de las de Cacahuamilpa, siendo difícil y peligrosa la excursión para conocer el estúpido túnel y pudiendo decirse que hasta hoy son pocos los exploradores que pueden ufanarse de haberla efectuado, entre ellos los señores Castell Blanch, el fotógrafo Rafael García, los señores David y Lucilo Iturbe y el licenciado José González Ortega y sus hijos Héctor, Pedro y Javier.

Hay peces ciegos en las grutas.

Al puntualizar cuál es el equipo que deben llevar los exploradores que intenten visitar las grutas del Amacuzza, dice Luzuriaga que «tiene que ser cuidadosamente previsto, de manera que no falten linternas eléctricas de gran potencia, a prueba de inmersión en el agua; botas de hule, como las que usan los cazadores de patos, flotadores y lienzos de tela impermeable, para improvisar balsas y conducir en ellas, en caso dado, las vituallas y demás objetos que puedan inutilizarse o sufrir deterioro con el remojo; escalas, cuerdas, una brújula; implementos de pesca (porque en la corriente de que se trata suelen encontrarse curiosísimos ejemplares de peces ciegos); y, en general, todo aquello que las condiciones especiales de esta abrupta porción del mundo subterráneo demanda para poder obtener éxito, o cuando menos, para luchar contra las dificultades que se

presentan menos desventajosamente. Tampoco debe olvidarse un botiquín de emergencia».

Hay en el Estado de Guerrero una cueva que lleva el nombre de Agustín Lorenzo y «en la que se dice que fueron hallados un códice indígena, una máscara de jade, tres cascabeles de cobre y en contraste anacrónico, un libro manuscrito y otro impreso». Dice Luzuriaga lo que sigue: «Agustín Lorenzo, salteador de diligencias, incursionaba por los poblados vecinos llegando a ser el terror de la comarca y, sobre todo, de las mozas lugareñas, de las que llegó a raptarse, románticamente, en ancas de su propio caballo, algunos de las más bellas, para ofrendarlas en prueba de su indómito amor, las joyas de más valor que robaba en sus audaces correrías. Aún es recordado este famoso bandolero en las pantomimas y mascaradas que anualmente celebran los indígenas de Ruejotzingo».

Dos bandidos se presentan.

Al visitar las grutas de la «Alberca de Tere-mendo», en el distrito de Puriándiro, de Michoacán, Luzuriaga encontró que hay allí una leyenda en la que se insiste que en la más grande de dichas grutas se refugiaba el célebre bandido José Guadalupe Salto, quien, en castigo de sus depredaciones, fué ahorcado en el Portal Hidalgo de Morelia.

Pero corresponde a la Cueva que hay en el Cerro de San Juan, cerca de la población de Jalisco, en Nayarit, el derecho de haber sido, gracias a sus 7 entradas, que son perfectamente estratégicas, el habitual refugio de uno de los bandoleros más terribles que ha habido en el país: Manuel Lozada el «Tigre de Alica», mote con que fué llamado por sus feroces y audaces correrías. Aquel bandido escondía allí su caballada, «así como las carretas en que transportaba sus botines, parque y vituallas para su aprovisionamiento». En guarida tan segura, Lozada mandó poner puertas de troncos de árboles guarnecidas de hierro, de modo que las siete bocas de la caverna se abrían o cerraban mediante un primitivo sistema de maletas.

Al llegar a Caxaca el viajero puede gozar el conocimiento de la ramosa Gruta del Cerro del Fraile, a la que tampoco le falta su leyenda, pues como dice el autor de este libro tan sabroso, «basta que estas oquedades ofrezcan dificultades para ser conocidas en su totalidad, para que el vulgo les forme un ambiente de misterio y las convierta en escenarios de curiosos sucesos». Según la tradición popular, en dicha gruta vivió un fraile, llevando existencia de ermitaño, y allí murió en «olor de santidad», habiendo dejado en uno de los subterráneos un tesoro que vale la pena buscar; pero los audaces que se han lanzado a la aventura «han tenido que huir espantados porque

se les aparece el fraile para decirles que en un solo viaje deben sacar «todo»... o nada».

Un campesino se hizo pronto rico.

Refiere Luzuriaga, al hablar de las grutas y cuevas de Piedras Negras y Coaxamalucan, en Traxcala, lo que sigue: «La leyenda relata que en la mayor parte de estas cuevas, los asaltantes de diligencias de la época colonial, escondían su botín, el cual permaneció oculto e ignorado al ser perseguidas y aniquiladas esas partidas de bandoleros; y que muchos años después, un pastor, uno de los más pobres campesinos de la comarca, al darse cuenta de que una de sus cabritillas se internaba a través de una de las abras de dicha región volcánica, se introdujo en ella para recuperar a su animal, dándose el caso de que después de caminar a rastras por ese conducto, se contró—con gran sorpresa de su parte— en un laberinto pétreo de grandes salones y numerosos pasillos, el cual se propuso visitar al día siguiente, ya provisto de hachones para poder explorar bien tan misteriosos lugares. La misma tradición agrega que cuando el pastor realizó sus propósitos, ya no volvió a encargarse de cuidar ovejas y cabras, pues en uno de los rincones más abruptos de la gruta se encontró parte del botín que allí habían escondido los citados ladrones de camino real, botín que consistía en grandes pacas de tabaco, cajas de botellas de vino, otras mercaderías diversas—algunas echadas a perder por el tiempo y la humedad—y... lo que constituyó un verdadero tesoro para el afortunado jayán: varios bargueños repletos de onzas de oro y pesos de la época virreinal, riqueza que convirtió a ese humilde campesino, de la noche a la mañana, en uno de los más adinerados latifundistas de la región».

Los cenotes de Yucatán.

No podían faltar devotas visitas a los cenotes (o pozos artificiales) que en Yucatán son maravillas únicas. En primer término el cenote de los sacrificios que está en Chichéniltzá y en el que, según las leyendas mayas, se acostumbraba arrojar vírgenes en holocausto al Dios del Agua.

Hace constar Luzuriaga, en relación con dicho cenote que: «se encontraba en terrenos cedidos para su explotación turística al súbdito norteamericano Thompson, quien, valiéndose de tan indebida concesión, y en antecedentes del fastuoso pasado de toda esa región, se dedicó a sondear las aguas del profundo depósito y hasta se hizo de una escafandra especial y de una lancha, logrando extraer valiosísimas joyas y reliquias que subrepticamente logró sacar del país, para venderlas en los Estados Unidos y adquirir, como producto de ese robo incalificable, considerable fortuna».

El cenote llamado «El Tívoli» está en la parte céntrica de la ciudad de Mérida «dentro de la casa particular del señor licenciado Alfredo Castellanos, ubicada en la esquina que forman las calles 62 y 45. No es de grandes dimensiones, pero siempre tiene abundante agua, la cual ofrece una muy curiosa característica: la de sentirse helada, cuando a la intemperie hace calor y tibia cuando en el ambiente se experimenta frío».

«Amplia y musgosa escalinata de mampostería, conduce hasta la entrada del cenote. Este presenta, hacia la izquierda, una pequeña terraza enladrillada, con una larga banca al derredor; y del lado derecho el depósito que se halla alimentado por unos veneros que manan en la parte lateral de la cuenca que se prolonga y bifurca formando varios ramales interiores por donde el agua se interna».

«El líquido de este natural estanque es de una transparencia cristalina y es aprovechado para criadero de peces, entre los que llaman la atención del visitante algunas especies amarillas y rayadas de negro, como las cebras».

La forma de la cavidad es semicircular, con bóveda roqueña que se ve afelpada por el musgo y que cambia de color, según el grado de humedad que tiene. Una pequeña arquería separa el



y continuo siendo un hombre fuerte.

Esta es la historia de millares de hombres y mujeres que distintas etapas de sus vidas han recurrido al más poderoso de los reconstituyentes y el más enérgico febrifugo conocido.

QUINIUM LABARRAQUE

Indispensable en la época del crecimiento infantil, en las convalecencia, en los estados de agotamiento o de cansancio senil



DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS
DEPOSITO: MAISON FRERE 19 RUE JACOB, PARIS (60)

cenote de la terraza que se le ha edificado. La profundidad del depósito varía desde 30 cms. en las orillas hasta 7 metros en el sitio correspondiente al venero de alimentación».

Cacahuamilpa debe producir.

Luzuriaga visitó las famosas Grutas de Carlsbad, en Nuevo México, Estados Unidos, las cuales producen al Gobierno del vecino país cerca de medio millón de dólares al año, lo que quiere decir que México tiene filones vírgenes que explotar turísticamente. Pero, por desgracia, mientras las grutas de Carlsbad son visitadas por cientos de turistas diariamente, las de Cacahuamilpa, a pesar de su belleza extraordinaria, apenas son vistas

una o dos veces por semana «y constituyen una carga para el Erario por los gastos que originan su vigilancia, alumbrado y algunas obras indispensables de conservación y rudimentario acondicionamiento».

Termina diciendo Luzuriaga en su libro tan interesantísimo lo que sigue: «Las grutas de Carlsbad, sin dejar de ser dignas de admiración, son menos largas, menos variables en motivos decorativos y sobre todo menos grandiosas que las de Coahuamilpa. Sin embargo por su magnífica iluminación, clima artificial invariable y mejoras en general (con que las han hecho confortables, fáciles de recorrerse y más subestivas en todos sus aspectos), pueden parecer de más importancia y hasta más hermosas que las del Estado de Guerrero».

HOLLYWOOD PRESENTA a Diana Lewis

por Elena Carrillo

DIANA Lewis, la joven de ojos azules y cabellera rojiza, opina que el éxito en Hollywood se obtiene sólo a costa de muchos esfuerzos, sin que sea suficiente atenerse a los caprichos de la Diosa Fortuna.

La pequeña Diana conoce por experiencia propia las amarguras que trae consigo la carrera teatral.

Poco después de venir a Hollywood en 1929, Miss Lewis esposa de William Powell en la vida real) obtuvo tres contratos a cual más prometedores en apariencia, pero que la dejaron luchando más que antes por obtener la oportunidad que tanto ansiaba para demostrar sus habilidades.

Es hija de J. C. Lewis y Hettie Daly Lewis, artistas teatrales. Lewis, dedicado desde su juventud a esa carrera, educó a sus cuatro hijos para que siguieran sus pasos.

Apenas el mayor cumplió tres años de edad, fué a formar parte de la famosa compañía conocida bajo el nombre de «Si Plunketts», que regenteaba su padre. Vino después Marion, y a la misma edad aumentó también el espectáculo. La siguiente fué Maxine, y dos años más tarde, Diana hizo su debut en las tablas.

La familia viajó por todo el continente, hasta que una desgracia desbarató el pequeño grupo de artistas. Llevando en brazos precisamente a Diana que entonces contaba unos cuantos meses de edad Lewis cayó de lo alto de una escalera. Por lo pronto nadie le dio mucha importancia, pero ocho años después le vino como resultado una parálisis parcial.

Con ese motivo, la familia se trasladó a Nueva York, donde Diana estudió dramatismo, música y otras materias con un profesor privado. Más tarde se establecieron en un pueblecillo de los suburbios, con la esperanza de que el aire fresco, el sol y una vida tranquila ayudaran a Lewis a recobrar su salud.

«Papá sufrió mucho», dice Diana. «Figúrense que había sido atleta y acróbata desde la edad de once años».

A pesar de las calamidades, los Lewis continuaron luchando por seguir adelante en sus respectivas carreras. Mrs. Lewis y Maxine (quien se hacía famosa como cantante, habiendo aparecido en «Escándalos y Vanidades»), emprendieron una

jira artística, llevando a la pequeña Diana. El padre y el hijo se fueron para Hollywood, donde el joven Lewis se dedicó a componer música para el teatro y el radio.

Cuando Diana cumplió catorce años de edad ella, su madre y su hermana, se unieron con el resto de la familia en Hollywood. Diana ingresó a una escuela dramática de profesionales, donde tuvo oportunidad de conocer a Anita Louise, Anne Shirley, Tom Brown y muchos otros jóvenes ahora famosos en la pantalla.

Finalmente logró que, a pesar de su juventud, su familia le permitiera aparecer en «Shim Sham» una obra con música compuesta por su hermano y presentada en el Teatro «Music Box». Esto sucedía en 1933... «y fué el principio de mi carrera», declara Diana, «aunque sólo aparecí por breves instantes en el coro».

Francis Lederer, que estaba sentado en primera fila, se fijó inmediatamente en la vivarachita niña. Después de la función, él y Steffi Duna entrevistaron a la juvenil artista, para sugerirle que probase su suerte en los estudios cinematográficos.

Después hizo su aprendizaje con los «Community Players», de Pasadena, y luego un importante rol en «Locura de Ritmo», otra comedia musical de su hermano.

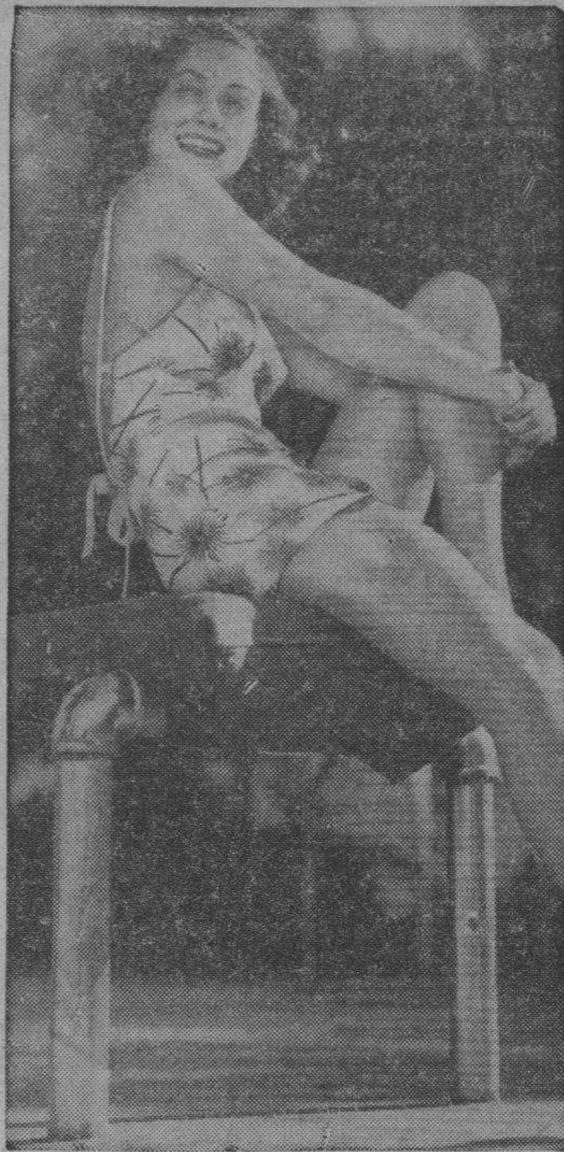
Pero el destino tiene sus caprichos. Aun cuando su educación se había concentrado al drama y al baile, dejando su canto exclusivamente a su hermana, Maxine, Diana recibió una oferta como solista en la orquesta de Larry Leeds, y en 1937 firmaba un contrato con la Casa Mañana.

«Ese fué el punto decisivo de mi carrera», dice Diana, «o así lo imaginaba yo. Conocí a mucha gente del teatro y la pantalla».

Al volver a Hollywood, no pasaron tres días antes de que tuviera un magnífico contrato para el principal papel en una importante película.

Después de su éxito como cantante en la orquesta de Leeds, aconsejaron a Miss Lewis que se dedicase al canto, por lo cual se unió a su hermana Maxine, quien había sido cantante profesional durante dos años.

«Los meses siguientes pasé por más pruebas que días hay en el calendario», relata Diana. «Ya comenzaba a desesperarme, al grado de que mamá y



Diana Lewis, juvenil artista que empieza a brillar con fulgores propios en el cielo de Hollywood. Es la esposa de William Powell.

yo habíamos pensado emprender otra jira... ¡cuando sucede el milagro! Mr. Bill Grady me llamó para proponerme una prueba cinematográfica que resultó en un magnífico contrato».

Y así, la pequeña actriz, que apenas mide 1.50 metros de estatura y pesa 46 kilos, se une a las más refulgentes estrellas del mundo cinematográfico.

«Sufri muchos contratiempos para conseguir éxito en Hollywood», comenta la juvenil actriz. «Pero estoy ampliamente recompensada ahora que la Fortuna me abre sus puertas de par en par. ¡Valió la pena el esfuerzo... y los contratiempos quedan olvidados!».

Diana está ansiosa de representar toda clase de papeles. Es tan versátil en su arte, como en sus gustos personales. Sus diversiones favoritas son nadar y montar a caballo, aunque dice que es malísima en equitación.

Uno de sus más firmes propósitos es «crecer... como actriz».

Stradivario (Continuación de la página 20)

infiltró en el joven Stradivario que laboró con todo el fervor de sus años mozos. En los dominios de Amati, sus operarios comenzaban los trabajos bajo sus instrucciones y de acuerdo con su sistema, y el propio Amati daba los últimos toques a los instrumentos cuando éstos estaban casi terminados. Muchos fueron los años que Stradivario construyó cajas de música bajo las órdenes de Amati. Por eso tuvo que esperar la muerte de su Maestro para lanzarse al camino que lo llevaría a las puertas de la inmortalidad. Cuando comenzó a trabajar por su cuenta, puso en práctica las innovaciones que su cerebro prodigioso había imaginado, y los inigualables instrumentos salieron diáfanos y perfectos de sus manos dúctiles y ágiles. Ya Stradivario volaba solo, sin amarras y sin ser un amanuense, logrando la iniciativa con al libertad. No tenía operarios en su taller, utilizando en forma exclusiva la ayuda que le prestaron sus hijos Francisco y Homobono.

Cremona era en tales momentos un rincón de Lombardía, muy conocido en el mundo musical por estar dedicado intensamente a la fabricación de instrumentos de música. Es muy popular le célebre escuela de violeros de Cremona, de la cual Stradivario es el jefe indiscutible.

Sobre el barniz de los stradivarios se ha hablado mucho, y se le ha aureolado de un romance de misterio. En realidad no hay tal misterio. Los tonos amarillos de oro rojo y de carmelita rosa, típicos de los violines stradivarios, se deben a una fórmula que no se ha perdido ni que es de complicada preparación. El color difícil de imitar que poseen los famosos violines se debe más que al barniz mismo a la forma de aplicarlo. El propio Stradivario barnizaba sus instrumentos y en ello empleaba la misma maestría que imprimía en su fabricación. Era un arte también muy personalísimo que se esfumó con su bajada a la tumba. La fórmula tan discutida existe actualmente. Stradivario la conservaba entre las páginas de una Biblia. El libro santo fué destruido, pero la fórmula

salvada. A mediados del siglo pasado se encontraba en poder de uno de sus descendientes, Giacomo Stradivario, el cual en relación con ella escribió al historiador Morelli:

«Esta fórmula es la sola herencia de los Stradivario; ella debe aplicarse de nuevo el día que uno de nosotros desee continuar el oficio de nuestro antepasado...»

El barniz famoso que usó el gran constructor es, pues, conocido. Tampoco se ignora el sistema que empleaba en la fabricación de sus violines. A pesar de todo, ni sus cajas de música han podido ser igualadas, ni su barniz aplicado de idéntica manera. Y es que la mecánica, las maquinarias pueden llegar a realizaciones portentosas, pero nunca podrán plasmar verdaderas obras de arte. Los elementos para lograr los «chef d'oeuvre» están al alcance de todos, hasta en sus detalles más mínimos. Sin embargo, sólo los artistas pueden cristalizarlas. Por eso Stradivario no tiene semejantes ni superadores. Es el genio que escapa al patrón, que huye del sistema, que ignora la rutina, que vuela solo...

EL HECHIZO DE UNA BELLA SONRISA...



es patrimonio de sana juventud. Vd. puede hacerla suya empleando para su higiene dental una pasta de cualidades excepcionales, famosa en el mundo entero:

DENTOL.

LIMPIA. DESINFECTA. PERFUMA. REFRESCA.

Los trabajos de Pasteur inspiraron a los creadores de **DENTOL**. Por esto **DENTOL**, destruye los gérmenes nocivos y blanquea los dientes, tonifica las encías y da a la sonrisa la expresión juvenil que Vd. tanto desea.



DENTOL

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS APARTADO 2143 HABANA

